
3 1761 08820258 5





BIBLIOTECA ESCOGIDA.
VOLÚMEN XIV.

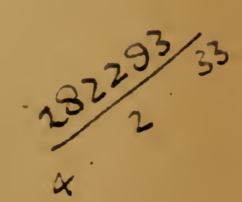
EL SECRETO DE UN CRIMEN

NOVELA ORIGINAL

POR

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Segunda edicion.)



CADIZ 1884.

TIPOGRAFIA LA MERCANTIL
PLAZA GASPAR DEL PINO

A LA SEÑORA

DOÑA MARGARITA L. DE OLAVIDE

DE GRACIANO,

En prueba de cariño, su prima,

La Autora.

PRIMERA PARTE.

UN ASESINATO.

Capítulo primero.

I.

Las doce acababan de dar en una clara y helada noche de Enero, cuando en una de las callejuelas que recuerdan en Granada los ocho siglos de dominacion agarena que sufrió la bella ciudad, oyóse el sonido áspero y chillon del pito de un sereno.

Atraidos por él pronto resonaron otros, y algunos hombres envueltos en los tradicionales capotes y llevando en la mano un pequeño farol, rodearon á otro que los miraba de una manera entre asustada y estúpida, pues podria haberse jurado que aquel hombre no se daba cuenta de lo que le sucedia.

—¿Qué hay? preguntó con voz bronca y

vinosa uno de los que acababan de llegar.

—Este pájaro de cuenta que se descuelga por esas tapias con las manos y las ropas manchadas de sangre, y quiere sin duda hacerse el loco, no contestando á ninguna de mis preguntas, dijo á guisa de explicacion el sereno que habia pedido auxilio.

—Oh! oh! será preciso entrar en esa casa, observó uno.

—Lo que es preciso, contestó el que ántes habia hablado, es ir á dar parte al juez de este barrio; vé tú, Juan, en tanto que nosotros guardamos á este angelito.

Un sereno partió á cumplir este mandato, y los otros, que rodeaban y estrechaban á aquel pobre hombre como si se tratara de un loco furioso, formaron un grupo que se fué aumentando con los pacíficos vecinos de aquel barrio que volvian á sus casas, y adivinando en aquel extraño é inusitado ruido el principio de una historia, se detenian con fruicion, pues es cosa sabida que la curiosidad del hombre encuentra sabroso pasto en la desdicha agena.

—¿Qué sucede, tio Lúcas? preguntó al sereno que habia detenido á aquel hombre uno de los recien llegados, pequeño, re-

gordetillo, con grandes narices rojas por el frio, cubiertas las orejas por un feísimo gorro negro que se escapaba por debajo del sombrero como si no quisiera perder tan bella ocasion de lucirse, y un enorme baston en la mano.

—No lo sé, Sr. D. Francisco, dijo el tio Lúcas respetuosamente, dando á entender que se dirigia á un hombre de importancia, pues en las modulaciones de una voz que habla puede adivinarse el valor de la persona que escucha. Yo estaba aquí, continuó el sereno ufano de su importante papel de narrador y encantado de la atencion con que se le escuchaba, sentado en aquella puerta, donde espero siempre á mi compañero, para empezar nuestro paseo... pues como iba diciendo, estaba solo, oí un ruido que me hizo levantar la cabeza, y ví á este hombre á caballo sobre la tapia; me mantuve inmóvil porque creí, señor, que se trataba de un lance de amores; pero apénas el caballerito hubo puesto los piés en el suelo, dió á correr con tal brío, que á poco se me escapa!... Pero ¡ca! ¡no señor! siguió el tio Lúcas, que respiró con fuerza como para tomar aliento, yo dije para mi capote: el que huye teme, y el que teme

algo debe; corre, Lúcas, corre y cumple con tu obligacion, que no te pagan para que te duermas... Corrí y lo alcancé sin esfuerzo; es preciso confesar que el hombre se tambaleaba al andar como si hubiese bebido un vasito más de lo regular: y al sujetarle ví que sus manos y sus ropas estaban manchadas de sangre... entónces he pedido auxilio y he avisado al juez.

—Ha hecho Vd. bien, tio Lúcas, ha hecho Vd. bien, murmuró cobardemente el hombrecillo de la nariz roja y el gorro negro, rebujándose en su capa como si la palabra sangre le hubiese dado escalofríos. ¡Qué tiempos! Jesus!... ¡No vamos á poder salir á la calle!...

Y el tímido D. Francisco, al paso que se acercaba el tio Lúcas para resguardarse en su autoridad, decia con vocecita medrosa:

—Es una perdicion la libertad! cada dia vamos peor!

¡Ay! si el bueno de D. Francisco hubiese alcanzado nuestros gloriosos tiempos, él que se quejaba tan amargamente en 1845!... ¡A dónde hubieran llegado sus lamentaciones!...

El hombre que era objeto de la vigilan-

cia del tio Lúcas se extremeció tambien al oir las palabras del sereno, y murmuró con espanto:

—¡Sangre! ¡decís que tengo sangre! No, no es verdad... yo me he engañado... dejadme volver...

Y con un brusco movimiento fué á romper aquella cadena viva que se estrechó para cerrrarle el paso, como si cada uno de aquellos séres tuviese un interés particular én que aquel hombre fuese castigado.

A la verdad, ellos creian tener el derecho de presenciar el desenlace de aquel misterio, pues para ver escaparse á un hombre, no se resiste el hielo á pié firme durante una hora en una callejuela.

Era una defraudacion de las legítimas esperanzas de aquellas honradas gentes lo que se intentaba, y ellos que formaban parte de ese público justo y serio que grita hoy: *¡Hosanna!* y mañana *¡Crucificadle!*, no podian permitirlo.

Eran una pequeña reduccion de la opinion pública, de esa vindicta susceptible y delicada que gusta de cuando en cuando de que le sean ofrecidos algunos sacrificios humanos, pues no se satisface con ménos.

El público del tio Lúcas estaba en su

derecho ayudando á detener aquel hombre que era, sin duda, un ciudadano de esa república que se llama presidio, en la cual tenia su puesto natural.

Pero en el que hizo una impresion extraordinaria aquella tentativa fué en el sereno, que todo sofocado y como si se tratase de robarle una presa conquistada á mucho coste, se colgó materialmente del brazo de aquel hombre y le gritó con rabia y con ira:

—Eh! eh! caballerito! creeis que es tan fácil escapar de mis manos?... Compañeros, favor! Sujetar al asesino!...

—¡Yo asesino! ¡Yo! exclamó trémulo y asustado el preso, ¡este hombre está loco!

Y al decir esto erguia su alta y gentil estatura, y entreabria su capote para que viesen sin duda que no se trataba de un hombre vulgar.

La llegada del juez y el escribano puso término á esta pequeña escena que comenzaba á divertir á los inofensivos vecinos.

—¿Qué sucede aquí? ¿Para qué se me hace venir? preguntó con un tono nada amable el juez, que parecia indignado de que en una noche tan fria se le despertase para correr aventuras.

El tio Lúcas, orgulloso de su interesante papel en aquel pequeño drama, adelantó hácia el juez, y quitándose el sombrero le expuso lo sucedido.

—¿A qué casa corresponden esas tapias? preguntó siempre hosco el desabrido funcionario de la ley.

—Al número ocho de la calle de C***, dijo uno de los serenos.

—Pues en marcha; vosotros me respondeis de este hombre, dijo el juez dirigiéndose á los serenos, y ustedes, señores, tengan la bondad de acompañarnos para servir de testigos.

Los vecinos de aquel barrio que no deseaban otra cosa, siguieron muy ufanos á la triste comitiva que arrastraba consigo á un hombre, desconocido de todos y del cual tácitamente se declaraban enemigos.

II.

—Llamad con más fuerza, dijo el juez al tio Lúcas al ver que nadie respondia en la casita marcada con el núm. 8.

El sereno levantó el pesado aldabon, y otros tres golpes, más fuertes, más sonroso que los primeros resonaron en la desierta calle.

Antes que su vibracion se hubiese extinguido, abrióse una ventana y una voz soñolienta preguntó:

—¿Quién es?

—Abrid á la justicia, gritó el sereno con voz chillona.

—Jesús! Dios mio! exclamó detrás de la ventana una voz cascada y dulce, ¡la justicia en mi casa! y por qué?...

—¡Ya lo vereis! Abrid pronto, dijo secamente el juez.

—Voy, voy señor, contestó asustada la mujer que habló primero.

—Desapareció de la ventanilla, y momentos despues se oyó el rechinar de una llave en la cerradura.

La puerta se abrió y los depositarios de la tranquilidad pública penetraron en el oscuro portal.

En la escalera y teniendo en la mano una pequeña lámpara habia una mujer anciana, asustada al parecer, pues se veia oscilar la luz de la lamparilla, como si temblase en la mano que la sostenia.

—¿Qué pasa en mi casa, señores? murmuró dirigiéndose á los que llegaban, en tanto que la mujer que abrió la puerta se hacia á un lado para dejarles pasar.

—Ahora lo veremos, señora, dijo el juez inclinándose ligeramente y dulcificando algun tanto la aspereza de su voz. ¿Vivís sola en esta casa?

—Con mi hija y esta mujer que nos sirve.

—¿Y dónde está vuestra hija?

—Duerme, señor.

—Vamos á verla.

—Pero, Dios mio, qué sucede aquí? para qué se desea ver á mi hija? preguntó la anciana toda temblorosa.

—Sucede que en esta casa se ha cometido un crímen: la prueba es este hombre, dijo el juez, señalando con esa franqueza que acostumbran á usar las gentes de justicia en el desempeño de sus funciones legales, al hombre que llevaban prisionero.

La anciana miró á la persona que el juez señalaba, y gritó trémula, asustada, medio loca:

—¡Fermin! ¡Eres tú! ¡Qué es esto, Dios mio!

Y la anciana como si creyese que era juguete de un sueño, pasaba repetidas veces por la frente su mano blanca y arrugada, y miraba á todos lados con terror.

—¡Angeles! ¿Dónde está Angeles? pre-

guntó ansiosamente el llamado Fermin.

—En su cuarto, murmuró vacilante ya la pobre anciana.

—Señora, interrumpió secamente el juez, no podemos perder tiempo, llevadnos al cuarto de vuestra hija.

La madre, presa ya de una angustia indecible, con el presentimiento de una desgracia, cruzó un estrecho pasillo y fué á llamar á una puerta cerrada.

Nadie contestó.

—Volved á llamar, mando el juez.

—Es inútil, murmuró tristemente Fermin.

—Señora, ¿no tiene este cuarto ctra comunicacion? preguntó el juez.

—Sí, dijo la anciana con voz débil, pero acaso está cerrada tambien.

—Veámoslo.

La pobre mujer, como una sonámbula que no sabe por dónde vá, y que adelanta guiada por la costumbre, salió del corredor y entró en una pequeña salita.

En un ángulo habia una puerta disimulada con el papel que cubria las paredes.

La anciana, que temblaba ya de una manera convulsiva, empujó aquella puerta, que resistió débilmente y cedió al fin.

Antes que el juez, el acusado y aquel grupo de funcionarios y testigos hubiesen cruzado el dintel, un grito horrible, uno de esos gritos en que parece exhalarse el alma y extinguirse la razon, se dejó oir. La anciana, que se habia precipitado la primera en el cuarto de su hija lo habia lanzado.

—Levantar esos faroles y adelante, dijo el juez á los serenos.

Obedecieron éstos, y la vaga luz que irradió en el fondo de aquel aposento, iluminó un cuadro tan recargado de tintas sombrías, que todos se detuvieron.

La anciana estaba echada sobre un blanco lecho que se alzaba en el centro, y como si se hubiesen roto en ella de repente todos los resortes de la vida, y se hubiesen extinguido los sentimientos de amor y sensibilidad, estaba allí inmóvil, fría, rígida, como si su alma se hubiera petrificado por una maldicion.

Sus ojos, que la edad ó el llanto habian empañado, brillaban de una manera ardiente y profunda, como si una chispa de odio, un reflejo de dolor y desesperacion los iluminase.

Su blanca cabeza se habia manchado de sangre al apoyarse en el lecho.

Semejaba una de esas ramas nevadas en la que el pájaro herido ha buscado un apoyo, salpicando de rubíes, al sacudir sus plumas, su blanca envoltura.

Sus manos crispadas estrujaban con fuerza las ropas de la cama, cual si pensase destrozar así un enemigo invisible.

Aquellos hombres ávidos de curiosidad se detuvieron como encadenados por una fuerza superior; el juez mismo, tan impasible siempre, tan acostumbrado á esos lúgubres dramas que se desarrollan en el misterio con detalles horribles, llevó una mano á sus ojos como para no ver aquella dolorosa escena.

Fermin fijaba una mirada de loco en el lecho sobre el cual habia una mujer asesinada.

En aquel instante de sorpresa no se ocuparon de él y pudo adelantar hasta la cama; miró fijamente el cadáver y extendió su mano sobre él.

—Angeles, dijo con acento solemne, yo te bendigo y te juro sobre mi alma y sobre mi honor vengarte en tu asesino!...

Al formular Fermin este juramento no era ya el insensato que duda, que tiembla y que vacila.

Su voz era firme y grave; sus grandes ojos negros irradiaban una mirada poderosa, una mirada de leon irritado que se dispone á luchar.

Al eco de aquella voz la anciana se irguió; pareció despertar de un sueño fatal: pasó repetidas veces su mano por sus ojos, como si quisiera arrancar una sombra que ante ellos se extendiese, y al ver á Fermin que besaba de rodillas una blanca y helada mano que caia entre las ropas del lecho, gritó con un poderoso esfuerzo:

—¡Matarle!... ¡Matarle!... porque él ha asesinado á mi hija!...

Y cual si estas palabras hubiesen agotado su vida, cayó al suelo como una masa inerte.

III.

La mujer que yacia en aquel lecho sangriento, que todos contemplaban con terror, era muy jóven y muy hermosa.

La palidez y la inmovilidad de la muerte daban á su magnífico busto las apariencias del mármol y sin las ámplias y finas trenzas negras, que medio deshechas rodeaban aquella cabeza, hubiera podido creerse la de

una estatua que representase el sueño, tanta era la regularidad perfecta y la gracia escultural de sus facciones.

En el cuarto todo estaba en órden: sólo habia de extraño un balcon abierto por el cual penetraba el reflejo de la luna y el viento helado de la noche.

La curiosidad y el terror tenian mudos á todos los testigos de esta escena; la pálida luz que proyectaban los faroles, irradiaba un reflejo flotante y fantástico sobre aquella mujer muerta, aquella anciana desmayada, y aquellos hombres inmóviles, sombrios, aterrados.

El juez fué el primero que dominando la fuerte impresion del momento, pensó en cumplir con su deber.

Hizo retirar de aquel sitio á la anciana señora desvanecida, y sentóse friamente dispuesto á empezar el interrogatorio del presunto reo, allí, ante aquel cadáver, como si contara con que el horror y el espanto demostrasen la verdad del delito.

El escribano le imitó, y poniéndose con calma los anteojos, desenvolvió un rollo de papeles y se dispuso á escribir.

IV.

—¿Cómo os llamais? preguntó el juez á el acusado con voz campanuda, como quien dice, la voz que para cosas de aquella naturaleza tenia reservada.

—Fermin Valdés, contestó éste sin vacilacion alguna.

—¿Qué edad teneis?

—Veinte y seis años.

—¿Qué profesion?

—Soy teniente en el regimiento de Húsares, dijo desabrochando el capote y mostrando el gracioso uniforme que vestia.

—¿Conociais á esta señora? siguió interrogando el juez, señalando con la mirada al cadáver.

—Sí.

—¿De qué la conociais?

—Era... mi amiga; la he conocido en sociedad.

—¿Qué género de relaciones os unian con ella?

—No puedo decirlo.

—Vuestro silencio será inútil y sólo servirá para agravar vuestra causa.

—Ya lo sé, pero no diré una palabra más.

Un murmullo de disgusto se dejó oir entre los serenos y testigos.

Segun ellos, aquel hombre no tenia el derecho de guardar secreto acerca de ninguna circunstancia.

Para aquellas honradas gentes, el presunto reo pertenecia en alma y cuerpo á la justicia, al público, ese tribunal respetable que tiene la absurda vanidad de creerse infalible en sus fallos, sin duda por aquello de *vox populi*, *vox Dei*.

—Bien, dijo el juez con frialdad y cuando aquel rumor se hubo apagado, ya veremos si despues lo pensais mejor: ¿sabeis el nombre de esa mujer?

—Angeles Murillo.

—¿Cómo habeis penetrado hasta aquí para asesinarla? preguntó el juez pronunciando estas palabras rápidamente, sin duda para no dar tiempo á aquel hombre de dominarse al contestar.

Pero éste exclamó con un asombro tan natural y sencillo que impresionó á los que lo escuchaban:

—¡Yo! ¡Yo asesinarla! Yo que daria toda mi vida por volverle la suya una sola hora!...

—Vuestra negativa es inútil, habeis si-

do detenido al salir de aquí; llevais sobre el traje las señales del crímen, y con un dedo inflexible mostraba las manchas de sangre muy frescas y muy distintas en las manos y en las ropas de Fermin.

Este siguió la direccion de aquel dedo, y al ver sobre sí aquellas pruebas acusadoras vaciló y una mirada de angustia brilló en sus ojos.

Parecia darse cuenta por la primera vez del peligro de su situacion. Porque realmente, si era inocente de aquel asesinato, las apariencias le condenaban de tal modo que estaba perdido.

La inocencia no es visible; el hombre tiene que juzgar por hechos, no por sensaciones.

El alma humana no se trasparenta á traves de su grosera envoltura como un licor por el cristal que lo encierra.

La ciencia se detiene ante lo invisible: no se puede juzgar de un asunto por una mirada, hay que buscar algo más real, más palpable.

Un criminal puede ostentar sobre su rostro una máscara simpática que oculte sus instintos.

La fisonomía de un sér no copia sus sentimientos.

Gall y Spurzhein serán siempre unos grandes soñadores, y nada más.

Porque el progreso no puede, como aquellos caballos de que Homero nos habla, recorrer el mundo en tres saltos; él sigue su marcha lentamente, y hasta hoy, si ha clasificado los delitos y ha señalado los castigos, no ha podido regularizar el procedimiento por el cual se llega á traves de las sombras del misterio, á la verdad de los sucesos.

Es cierto que hay algo en el exterior de un sér que revela el interior; que un ciego que oyese leer algunas líneas del libro de Cervántes, al conocer luégo por la descripcion á sus personajes, adivinaria sin esfuerzo que el panzudo era Sancho, pero estas son apreciaciones generales que sirven en el dominio de los sentimientos y se determina por la simpatía ó la reprobacion y que nada tienen que hacer en el imperio de la ley.

Es preciso aceptar ésta tal cual ella es y no discutirla, por más que todo aquello que se dirige á la humanidad, nos toque muy de cerca, como de razon, como de derecho.

—¿A qué habeis venido aquí? siguió preguntando el juez.

—No puedo decirlo.

—Ese sistema es peligroso; una leal franqueza os servirá más.

—Me es igual, señor juez; se trata de un secreto sagrado que para nada se relaciona con este triste suceso, y no hablaré.

—Está bien: señores, dijo volviéndose á los que le escuchaban, ¿conoceis alguno á este hombre?

—Yo, dijo el pequeño personaje á quien el tio Lúcas llamaba D. Francisco; recuerdo haberlo visto paseando mi calle, que es la misma á que caen las tapias de ese jardin (y señaló al que se veia por el balcon entreabierto) algunas noches.

—Nosotros no le conocemos, digeron los otros.

—Llamad á la criada de esta casa, y ved si la señora ha vuelto en sí.

La criada se presentó en breve.

—¿Habeis visto á este hombre venir alguna vez á esta casa?

—Sólo hace un mes que estoy en ella, y no ha venido jamás.

—La señora no puede declarar, dijo el sereno que habia salido apareciendo en la puerta; nos mira como una loca y no contesta una palabra.

—¿Insistís en negar vuestro crímen? preguntó el juez severamente poniéndose de pié.

—Os juro por la vida de mi madre que al entrar aquí la he hallado muerta, dijo Fermin.

Su voz al decir estas palabras tenia tal expresion de lealtad, que el juez lo miró atentamente.

—Yo deseo que podais probarlo, dijo con ménos frialdad, pero entre taanto me veo obligado á prenderos cumpliendo con mi deber.

—Es muy justo, contestó tristemente el jóven oficial.

Capítulo segundo.

I.

El doloroso suceso que acabamos de referir habia hecho en Granada el efecto que hace en una nacion un golpe de Estado: no se hablaba de otra cosa.

Conocido al otro dia en todos sus detalles á la vez que asombro producia indignacion, despertaba una corriente de ideas contradictorias, que al chocarse hacian pedazos la honra de una mujer y la lealtad de un hombre.

Porque ¿cómo explicarse aquel asalto nocturno, aquel balcon abierto y aquella puñalada en el corazon, á no suponer ántes una mútua inteligencia, una cita convenida y unos celos que guien el puñal que mata?...

Pedir á la sociedad que se contente con juzgar de lo que vé, es tan inútil como querer morder á la Luna; el pensamiento vuela y vuela... él hace el misterio transparente, lo ilumina... poco importa que el resulta-

do de sus investigaciones no sea exacto, no pueda apoyarse en ninguna ley de razon ó de equidad; el caso es dar una solucion al problema!... ¡Si no es exacto, poco se pierde! Afortunadamente para los crímenes morales no se ha legislado todavía; no hay peligro en usar un poco de esa libertad de juicio que se nos concede generosamente.

El atentado material es bárbaro, el salvaje es el que mata á la luz del Sol, inspirado por el dolor y la ira... el sér civilizado no debe imitarle... Puede, sí, aventurar una palabra, afirmar en la sombra una opinion, que al ensancharse como la mancha de aceite, empaña eternamente la pureza de un nombre... estas son armas *legales* y ninguna persona se desdeña desgraciadamente de usarlas!...

El nombre de Angeles Murillo, víctima de aquel oscuro crímen, perdia poco á poco la elevada consideracion de que siempre se habia rodeado.

No era bastante que hubiese perdido la vida, era preciso que perdiese la honra!

La justicia humana se encargaba del castigo del primer delito... para el segundo... acaso se reservase el castigo la Justicia divina!...

Angeles era muy conocida en la sociedad granadina donde ocupaba un lugar distinguido.

Hija de un honrado comerciante, tan honrado que habiendo sido víctima de una estafa, llevada á cabo por uno de sus asociados, prefirió arruinarse pagando por sí cuanto la casa debia, á declararse en quiebra.

Este golpe agotó su fortuna, pero afirmó la consideracion en que se le tenia, y á su muerte, su viuda y su hija única conservaron como el prestigio de aquella noble accion, siendo tan bien recibidas en los círculos sociales, como en el tiempo en que poseian una gran riqueza.

Angeles era muy hermosa; tenia ese tipo andaluz que es imposible encontrar en ningunas otras mujeres del mundo.

Ligeramente morena, con negros y aterciopelados ojos, boca fresca y risueña, y un talle flexible y ligero que se cimbraba con una gracia adorable.

Esta belleza, si le habia conquistado mucha admiracion y muchas simpatías en un sexo, le habia valido tambien algunos alfilerazos del otro, pues las inofensivas mujeres usan de sus dientecitos de perlas

para morder como pequeños tigres en la honra agena, y con su mano delicada se entretienen en arrancar girones al velo de estimacion en que otra mujer se envuelve... ¡La sociedad considera este entretenimiento inofensivo!

Algo han de hacer esas pobres mujeres, á las que tan poco útil se enseña!...

II.

La curiosidad y el interés estaban fuertemente excitados.

Era una causa que tenia el triste privilegio de absorber la atencion pública, de pesar sobre todos los ánimos, de inspirar, en fin, una viva impaciencia.

El hombre que la opinion general señalaba como asesino, era muy conocido tambien.

Fermin Valdés era un oficial leal, pundonoroso y valiente; sus compañeros lo amaban todos, y el asombro que ellos sintieron ante la noticia de aquella catástrofe, hubiera por sí solo justificado la inocencia del acusado.

El jefe, sin embargo, llamado á declarar acerca de la conducta de su oficial subal-

terno, complicó algun tanto la franca protesta de sus compañeros, pues como hombre de honor se vió obligado á confesar, que si bien Valdés habia sido siempre un modelo de honradez, hacia algun tiempo que su carácter habia experimentado una transformacion visible; se le notaban ligeras faltas en el cumplimiento de sus deberes, y en fin, como la más grave de las acusaciones, añadió, que encargado de una mision de confianza, faltó á ésta y gracias á que uno de sus compañeros le facilitó la cantidad perdida, pues de otro modo se le habria arrojado del cuerpo ignominiosamente.

El coronel confesaba esto por cumplir con su *deber* como hombre honrado; es admirable ver á cuantas extrañas interpretaciones sujetan los hombres esa hermosa palabra, que tan alto significado tiene!...

Quién hace de ella una coraza de hierro en la cual se estrellan todos los sentimientos de ternura é indulgencia que pueden conmover el alma.

Quién encastillándose en las reglas fijas en que la lógica y la razon la encierran, creen que lo han hecho todo con sujetar el movimiento de su corazon y los deseos de

su pensamiento á esta metódica regularidad, á ese frío egoismo que apaga todo lo que hay de generoso, de expontáneo y vehemente en la razon humana; otros, en fin, sin comprender que el deber no es un sentimiento aislado, sino una ley de la vida que se apoya en la práctica de todo lo bueno, lo digno y elevado, llevan el extravío hasta el punto de no salvar á un hermano, aunque para ello no tengan que hacer ningun sacrificio, sino encuentran aquella palabra que han de pronunciar, consignada de antemano en esas *tablas de la ley* que ha dictado el orgullo y ha escrito la indiferencia.

El bravo coronel de Húsares, apegado á esas reglas por costumbre y por instinto, debió sentir su conciencia muy tranquila cuando arrojó la pajita de su acusacion innecesaria en el platillo de la balanza legal, pues creia ayudar así á esclarecer un delito.

Nadie está libre de sentir la *sed de justicia* que puede hacernos bienaventurados, y cada cual ante el alto tribunal de su razon, se cree autorizado para no perdonar!... ¡Oh, el corazon hnmano!...

—Terencio le conocia bien cuando exclamaba:

—*Homo sunt, et humani á me nil alienum puto.*

III.

El acusado habia sufrido ya todos esos insoportables y pesados trámites que son precisos en una causa.

Un dia se le incomunicaba, otro se le hacia ratificar su declaracion; más tarde se le llevaba frente á la desgraciada madre de Angeles que se habia vuelto loca, y que siempre lo reconocia para acusarlo, por una fatalidad que acaso se relacionaba con causas anteriores.

Pero Fermin no cambiaba ni en un acento su primera declaracion; estaba muy triste, pero muy sereno: si en un tribunal sentenciase el corazon, sin duda que habria sido absuelto, porque aquel gallardo jóven, de mirada inteligente, de voz simpática, hacia una gran impresion sobre el ánimo de los jueces, pero desgraciadamente en este caso no era el corazon, sino la razon, la que medía y pesaba los hechos y las pruebas, y las que acusaban á Fermin eran de tal magnitud, que era imposible atenuarlas.

Generalmente no estaba solo.

Su madre habia llegado á compartir su desgracia, pues una madre no abandona jamás, es el único afecto en que podemos confiar aquí abajo.

Aquella señora de rostro dulce y marchito, de aspecto noble y distinguido, estaba segura de la inocencia de su hijo, pero éste le habia impuesto el más absoluto silencio acerca de los secretos que le habia revelado, y ella callaba, porque realmente, aquella declaracion no lo salvaria.

Pasaba las horas junto á él, sin sentir el frio de aquella oscura prision, sin que una reconvencion subiese á sus labios, ni una lágrima á sus ojos... ¡las madres tienen el heroismo de su amor, y pueden hacer eso!

Un amigo suyo tampoco lo abandonaba: Guillermo Rojas, teniente como él, pasaba tambien las horas á su lado, buscando un medio de salvarle, ya procurando una evasion, ya aprovechando un indulto.

El preso no lo aceptaba:

—La vida sin ella me es insoportable, decia, deja que me maten.

IV.

Llegó al fin el dia en que debia senten-

ciarse aquella célebre causa que habia conmovido á toda la ciudad.

Desde muy temprano acudian á la Audiencia gentes desocupadas que no querian perder la interesante escena de ver á un hombre doblegarse bajo el peso del infortunio.

Se creia adivinar lo que allí sucederia, se calculaba acerca de ello, se empeñaban disputas... ni más ni ménos que si se tratase de una carrera de caballos... Por más que Jesus dejara á la humanidad la santa máxima de amarse mútuamente, los males agenos no suelen tocarnos muy de cerca, y el espectáculo del dolor más grande no produce generalmente en el hombre la sensacion de descontento que una ligera rozadura en su piel.

A despecho del sentimiento espiritual y poético, el hombre es sobradamente materialista, y el brutal egoismo disimulado, modificado, amoldado á la forma de lo conveniente por la educacion, duerme en el fondo de sus sensaciones, como un gérmen oculto, pero no extinguido.

Y esa dureza de alma no se aprende ni se adquiere en el roce social: es instintiva... el niño que apénas sabe hablar y que no

puede ni comprender ni retener lo que oye, destroza en sus manecitas las alas doradas de una mariposa, y arranca sin piedad las plumas de una paloma...

Dios, al purificar el mundo por el agua, dejó flotar aquella soberbia arca que encerraba algo de la antigua raza, como una levadura de la masa nueva que se preparaba...

¡Quién sabe si en aquellos séres iria la chispa maldita que volvió á propagar los vicios, volviendo á provocar los castigos!...

Ah! si la cosa vuelve á suceder, si esa escena magnífica de destruccion universal vuelve á representarse, no podemos halagar la esperanza de que se nos guarde á muchos para materiales del nuevo edificio, porque para consuelo de nuestra vanidad, casi todos *somos peores!!*...

Tengamos, pues, la certeza de que si irritado el Supremo Ser al ver como empleamos los dones que nos concedió, quiere borrar de nuevo de la pizarra del globo la cifra *humanidad*, habrá pocos, muy pocos guarismos que merezcan respetarse.

Capítulo tercero.

I.

Granada presentaba un aspecto triste el dia en que la justicia, inspirándose en sí misma, debia absolver ó condenar á un hombre.

Oscuras nubes ocultaban el azul de su hermoso cielo, y una lluvia lenta y contínua enlodaba sus calles.

En el calabozo que encerraba á Valdés tenia lugar una tristísima escena, que hacia comprender que Dios no ha puesto límites al dolor, como no los ha puesto á ningun sentimiento.

El acusado, el reo, como lo llamaban los depositarios de la legalidad, estaba de pié, pálido como la cera, y en sus ojos, tan hermosos y tan dulces, brillaba un reflejo de espanto, de terror, de locura.

Ante él muy pálido y muy conmovido tambien, estaba Guillermo Rojas, y procuraba calmarlo.

—Oh! no es posible! decia Fermin; cómo han de haberle robado, si nadie sabia dónde se ocultaba!

—Olvidas que esas gentes son cobardes; habrán temido verse envueltas en tu causa!

—Ah! y dónde pueden haber ido, Dios mio!... Morir en la duda de lo que pueda sucederle, es una cosa horrible... no, yo no quiero morir ahora! Yo soy inocente!

—Cálmate, Fermin! Te sentenciarán á algunos años de prision, y de los presidios se sale... pero ese niño!... es preciso encontrarle!...

—Sí, es preciso!... Pero yo estoy encadenado, yo no puedo defender á mi hijo!... Guillermo, puesto que tú eres mi único amigo, vas á jurarme dos cosas: dime que las cumplirás si me matan.

—Sí, yo te juro cumplir tu voluntad, pero desecha esa triste idea.

—Debemos pensar siempre lo peor, y yo sé que no hay en mi causa ni un átomo de esperanza.

—Pero ¿por qué fatalidad todas las pruebas están contra tí?

—¡Oh! no lo sé! Cuando llegué al balcon lo encontré abierto... la lámpara estaba apagada, nada se oia... sentí un loco ter-

ror y me precipité hácia el lecho... toqué su adorado cuerpo, rígido, helado; la rodeé con mis brazos para reanimarla... así, sin duda, me manché con su sangre; desatinado, loco, salí de nuevo, no sé á qué, creo que á buscar á su asesino, pero aquel maldito sereno me detuvo!...

—Tú eras fuerte, ¿cómo no te escapaste de sus manos? dijo Guillermo con acento que revelaba una gran emocion.

—No me ocurrió que se pudiese dudar de mi inocencia... estaba como un loco! oh!... por hallar á su asesino, por despedazarlo con mis propias manos, daria no ya la vida que no me pertenece, sino mi eterna salvacion!...

La voz de Fermin era vibrante y poderosa; Guillermo temblaba imperceptiblemente.

—Oye, prosiguió, pues me queda poco tiempo; hé aquí lo que espero de tí: venga la muerte de Angeles, y busca á mi hijo para protegerlo.

—Te juro hacerlo así, dijo con trémula voz Guillermo.

—Que Dios te bendiga si cumples tu juramento, contestó Fermin arrojándose en sus brazos.

Sólo Dios que lee en las almas, pudo saber por qué tembló tan visiblemente Guillermo...

II.

Algunas horas más tarde el acusado comparecia ante sus jueces.

Su presencia produjo en la multitud una profunda impresion que se demostró por un rumor sordo...

Acaso muchos comprendieron su inocencia.

Pero no podia probarse!...

Era inútil esperar!

Al fin, despues de todos esos sombríos detalles que preceden á una sentencia, los magistrados aparecieron, terminada su deliberacion y uno de ellos leyó...

Todo estaba terminado.

Fermin habia sido sentenciado á muerte!!...

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

LA MUERTE DE UN HOMBRE.

Capitulo primero.

I.

Los últimos rayos del Sol doraban suavemente las altas copas de las palmeras y las cumbres de un bosque americano, cuando un hombre que lo cruzaba lentamente, y andaba al parecer con doloroso esfuerzo, se detuvo apoyándose en uno de los troncos seculares que se alzaban por todas partes como gigantes sombríos.

—No puedo más!... murmuró con voz desfallecida, no sé dónde estoy; la noche llega y es inútil proseguir!... No quisiera morir solo, pero despues de todo la muerte será igual aquí que allí...

Señaló al decir esto hácia el Norte, y se

dejó caer como si realmente fuese á morir en aquel momento.

II.

Aquel hombre vestia el uniforme de coronel de voluntarios, y aunque su rostro no presentaba ningun rasgo simpático, la expresion de un valor bravío estaba escrita en sus ojos.

Representaba unos sesenta años de edad; su cabeza estaba blanca, más bien que gris, y en su frente se marcaban profundas arrugas.

Debia estar herido, porque su blusa de lienzo, ceñida á su talle por un cinturon charolado, mostraba en el pecho una ancha y oscura señal.

La palidez de su rostro era lívida, y sus ojos demostraban una angustia suprema, en la doliente vaguedad de sus miradas.

Era, sin duda, una de las víctimas inmoladas cada dia por la revolucion en aras de la patria, uno de esos mártires que defendian la integridad de la hermosa Cuba, de esa perla que Colon descubrió, no para regalarla á España, como creyó él mismo, sino para que España la comprase á muy

alto precio, al precio de la sangre de sus hijos!...

Sin duda aquel hombre habia sido herido cerca de aquel lugar, pues no se comprendia que pudiera venir de léjos en tal estado.

Es posible que se encontrasen á algunos pasos los rastros sangrientos de una lucha.

Triste huella de odios y dolores, que extiende en el globo una mancha impura, pues, sin duda que Dios no ha criado las flores de los campos para que el hombre las riegue con su sangre, ni ha hecho la luz para que ella guie el brazo del hermano contra el hermano.

Esto sucedia en el departamento del centro de la isla de Cuba en Junio de 1873.

Por fortuna, la guerra hoy ha cesado, pero como su recuerdo queda, no borramos estas tristes reflexiones.

III.

Una noche clara y tibia habia sucedido á aquel dulce crepúsculo. La Luna cernia su luz á traves del toldo movible del ramaje, y brillaba sin una sola mancha, como

una lámpara que hubiese encendido la caridad en el Cielo para velar por los desgraciados de la tierra.

Se escuchaba un rumor leve; el choque cadencioso de las hojas agitadas por la brisa, que formaba una armonía de suspiros.

El hombre que hemos visto caer en el bosque, continuaba inmóvil, parecia un cadáver á la claridad de la noche.

Apénas habian pasado dos horas desde que estaba allí, cuando otro hombre apareció entre la espesura de aquella selva bravía.

Llevaba el traje talar, distintivo del sacerdote cristiano, y seguia á un hermoso perro que olfateaba en el viento, iba y venia delante de él y se lanzaba al fin á la carrera animado por la voz de su dueño.

El animal se detuvo junto al coronel desvanecido, y ladró de un modo lastimero!

El sacerdote avivó el paso, llegó hasta él, y una expresion de dolor y piedad se reflejó en sus facciones.

—¡Dios mio! exclamó, otro desgraciado que ha muerto sólo, sin tener á su lado quien evoque la vision sublime de tu grandeza, y el recuerdo santo de tu misericordia!...

Arrodillóse al decir estas palabras, abrió la blusa sangrienta que lo cubria y llevó su mano al corazon del herido.

En la mirada de alegría que elevó al Cielo, se comprendia que la vida de aquel corazon no estaba apagada.

—¡Vive! murmuró, quizá pueda salvarle!

Y con una ligereza y precision que probaba no ser aquella la vez primera que socorria á un desgraciado, buscó la herida, restañó la sangre que aún se escapaba de ella, y la vendó cuidadosamente.

Quitóse despues su capa, la arrolló y puso suavemente sobre ella la cabeza del herido.

Alejóse algunos pasos, y puesto atento oido, le pareció que entre el rumor de las hojas se oia el murmullo del agua deslizándose sobre las peñas...

No se habia engañado.

Fué hasta el manantial y llenó en él un vaso de coco, volviendo al lado del herido.

Humedeció su frente con el agua fresca, y al ver que sus labios se agitaban levemente, le hizo tragar algunas gotas de un cordial que llevaba en un frasquito de vidrio.

Estos cuidados reanimaron al coronel,

que abrió lentamente los ojos.

—¡Padre José! murmuró al ver al sacerdote.

—Gracias á Dios que usted se reanima, dijo el padre José; he pasado un susto horrible!

—No será por largo tiempo; me siento morir.

—Confiemos en Dios, dijo el padre José dulcemente, en tanto que consultaba el pulso del herido.

—Oh, sí! y á él debo vuestra venida, padre mio, porque no queria morir sin hacer ántes graves revelaciones.

—Despues, hijo mio, estais muy débil.

—Oh! y si me muero?

El padre José vaciló, y dijo al fin, con expresion de pena:

—¿Tan grave es, hijo mio, lo que teneis que decirme?

—Tan grave, padre, que acaso á mi confesion deba el salvarme.

—Entónces, hablad, ya os escucho.

El sacerdote se puso de rodillas, y el herido fué á incorporarse, pero á este movimiento una tos seca y convulsiva levantó su pecho, y algunas gotas de sangre aparecieron en sus labios descoloridos.

—Callad, hijo, callad! gritó asustado el sacerdote; sea lo que sea aquello que teneis que decirme no podeis hablar ahora... Voy á pedir auxilio á Nuevitas, está cerca.

—Ah, no! no me abandoneis, gritó con angustia el herido.

—¿Podísteis creer que yo lo hiciera? No; irá *Tigre* en mi lugar!

El perro se aproximó á su dueño al oir su nombre y lo miró atentamente.

—Ven aquí, *Tigre*, mi pobre amigo, es preciso que vayas á casa, y en tanto que esto decia acariciaba la cabeza del noble animal, y ataba á su cuello una cinta roja que debia ser una señal.

Despues le gritó dándole una palmada en el lomo:

—A casa! pronto! vete!

El perro le escuchó atentamente y partió á escape.

—No tardará en volver, dijo el padre José; entretanto, hijo mio, descansad, y yo pediré á Dios su misericordia para vos!...

Al decir esto se arrodillaba junto al herido y unia sus manos para orar.

El padre José era muy jóven; su hermosa cabeza parecia radiar una luz misteriosa... Su frente era blanca y pura como la de un

niño, sus ojos negros, hermosísimos, con una mirada de bondad que llegaba al alma; su voz muy dulce y muy simpática.

Al verlo allí, en el fondo de una selva rogando por un desgraciado, se le hubiera creido un mensajero del Cielo encargado de secar lágrimas y repartir consuelos.

Capítulo segundo.

I.

Pasó una hora durante la cual el padre José oraba siempre y el herido dejaba oir un lento y penoso gemido, que fué haciéndose más débil hasta que cesó del todo.

El sacerdote se inquietaba; las brisas de la noche podian hacer daño al herido, y cuando se piensa que de una hora, de un instante pende la vida de un hombre, es cuando se debe apreciar el valor del tiempo, pues contamos sus átomos como granos de arena que resbalan en el reloj de la vida.

Y era en verdad un hermoso espectáculo aquel en que el sacerdote de alma pura unia sus manos consagradas para rogar por un desconocido.

El amor, la caridad, las leyes santas de la fraternidad humana, base noble y segura de la sociedad, palpitaban en aquel dulce cuadro, rodeándolo de un misterioso encanto.

Al fin, la impaciencia del padre José tuvo término.

El perro apareció saltando alegremente y dos hombres detrás llevando una camilla de campaña.

—Buenas noches, padre José, dijo uno de ellos; segun parece el paseito no ha sido en valde.

—Así es, hijo mio, contestó con su acostumbrada dulzura el sacerdote; este desgraciado quizá se hubiera muerto sin auxilio.

—¡Dios mio! Pues si ya lo está, dijo el otro hombre retrocediendo.

—No; gracias á Dios solo está aletargado; ha perdido mucha sangre y está muy débil, vamos á colocarle en la camilla, pero con mucho cuidado... la herida es en el pecho.

Los dos hombres se acercaron en silencio, y uno de ellos, al levantar por los hombros al herido, exclamó con extrañeza:

—¡Pues si es el coronel Rojas!.

—¿Lo conoceis? preguntó con interés el padre José.

—¡Ya lo creo, padre! Es un riquísimo propietario de Puerto-Príncipe, que hace cinco años, cuando se dió en Jara el grito de libertad, tomó el fusil de voluntario, y

dicen que peleó como un leon, ya es coronel.

—Es que D. Guillermo, dijo el otro, era ya militar, allá en las Españas, ántes de venirse á Cuba.

—Bueno, hombre, pero se habia retirado... si lo sabré yo que lo conozco como á tí... ¡y vaya un genio que tiene!... siempre parece que lleva una nube en la frente.

—Vamos, hijos mios, vamos, no perder tiempo: dadme esa manta; aunque la noche es templada, la brisa es húmeda y además él está helado.

—Padre, será el coronel uno de los que hoy han caido en una emboscada, cerca de aquí, en la rambla alta: dicen que no ha quedado uno á vida!... Esos perros salvajes odian á los jefes blancos... De veras, padre, que ellos no valen la sangre que cuestan.

—Vamos, vamos en marcha; Dios les toque á todos en el corazon.

—Pero padre, dijo el que parecia más hablador, levantando suavemente la camilla en que el herido habia sido colocado, ¿cómo Dios que es tan bueno, consiente que los hombres se maten así?...

—Dios deja al hombre la libertad del

bien y del mal; luégo le reserva su gracia ó su castigo...

—Ay, padre! y qué aficion ha tenido el hombre siempre á matar... Cain empezó, y desde entónces... cuántos!...

—Es verdad, dijo el padre José suspirando, y poniéndose al lado de la triste comitiva como para defender al herido, la raza humana lleva sobre sí el pecado original...

—Pienso yo, padre, volvió á decir el hablador, que como allá en el Paraiso debia andar la cosa algo revuelta, al formarse al hombre debió hallarse entre aquel puñado de tierra que Dios tomó en sus manos algo así como el corazoncito de un tigre... y... ¡ya se vé! el pobre Adan trasmitió lo que tenia... sangre de tigre y pensamiento de ángel!

—Vamos, vamos, Nicolas, que eres un hablador insoportable, no te bromees junto á ese pobre hombre que acaso va á morir.

—¡Ay, no es broma, padre José!... Si todas las obras del Creador han sido perfectas, lo que es al hombre le falta mucho para serlo.

—Más le falta á la mujer, murmuró el otro, porque el hombre á lo ménos sabe callar... pero ellas... ¡Jesús!

—Vamos, este ha reñido con la Juana.

—Guardar silencio, hijos mios, dijo blandamente el sacerdote, ya estamos en el pueblo.

—Se verán ántes de bajar á este valle las torrecillas de la Iglesia, dijo Nicolás.

—Apresuremos un poquito el paso... volvió á decir el sacerdote; ¿ántes de salir habeis dado aviso de que llamaba yo?

—Está claro, padre, en cuanto vimos al *Tigre* ya entendimos que habia tela cortada para rato!...

II.

Media hora despues el herido era colocado en un blando lecho, y un médico se hallaba á su lado.

—La herida es grave, decia el padre José, ¿pero podrá salvársele?

—Sólo Dios que todo puede hacerlo, contestó el doctor; por mi parte creo que si este hombre tiene algo que hacer debe darse prisa.

—Pero creeis que va á morir ahora?

—No, puede vivir algunas horas, acaso algunos dias, mas exige mucho cuidado.

—Se tendrá, dijo sencillamente el sacerdote.

—Lo creo, padre José, si todos los hombres se parecieran á Vd., no habria sobre la tierra tantos dolores.

El sacerdote se ruborizó como una doncella, inclinó su frente y nada dijo.

—Adios, padre José, dijo el doctor, volveré á ver el herido.

—Que Dios os bendiga por vuestros cuidados, dijo el sacerdote.

III.

El enfermo pasó algunas horas en un letargo profundo: hubiera sido muy difícil decir si dormia.

Sus ojos estaban cerrados, y su respiracion era lenta y fatigosa.

El padre José, sentado á su lado, remojaba sus labios de vez en cuando, y consultaba su pulso.

La luz del alba dibujaba ya algunas cintas rosadas sobre el cielo pálido y sereno, cuando el coronel abrió los ojos y giró á su alrededor una inquieta mirada.

—¿Cómo os sentís? preguntó el padre José.

—¡Ah! ¿estais ahí? os buscaba...

—¿Quereis algo?

—Sí; quiero... hablar con vos; tengo mucho que confiaros.

—Estamos solos y podeis hablar... no os fatigueis mucho.

—Es que tengo que contaros toda la historia de mi vida.

—Ya os escucho; bebed ántes, esto os dará aliento.

El coronel bebió, y el padre José sentóse á su lado y se dispuso á escuchar.

Capitulo tercero.

I.

—Hace veinte y nueve años, empezó á decir el herido, que el regimiento de Húsares de la Princesa, en el cual era yo teniente, fué destinado á Granada. Yo he sido siempre poco simpático á mis compañeros... tenia un carácter duro, un orgullo insufrible y un egoismo tan grande que no veia más que aquello que se relacionaba conmigo; lo demás no existia para mí! En el regimiento habia un jóven de mi edad, un poco menor que yo, tan gallardo, tan simpático, tan franco y tan querido de los jefes y compañeros, que desde luégo se me hizo insoportable, odioso é irresistible. Sin embargo, supe disimular la adversion que me inspiraba y demostrarle tan viva simpatía, que bien pronto me creyó su mejor amigo y todos lo creyeron como él. Era teniente tambien y pertenecia como yo á una

noble casa, sólo que yo era rico y él era pobre. Tenia un carácter dulce é igual, una alegría constante en su corazon, y la lealtad, la fe, el candor del hombre honrado, que ni sospecha que existe la infamia. Me queria como á un hermano, y cuantas más pruebas me daba de ello, más y más aumentaba la animosidad que contra él sentia... hubiérase dicho que su afecto alimentaba mi odio!...

El coronel se detuvo fatigado.

—Bebed y calmaos, dijo el padre José, que muy pálido y con las manos juntas, escuchaba aquella narracion.

—Gracias, murmuró el herido al separar el vaso de sus labios.

Por aquel tiempo, continuó, ya comenzaba yo á pensar en vengarme de aquel hombre que me llamaba su hermano, y hacia llegar con frecuencia á los jefes quejas de mi compañero.... éstas eran como ligeros alfilerazos á cuenta de la estocada que mi odio le prometió...Un dia se me presentó una ocasion de herirle más sériamente. Habia sido encargado de una mision que probaba la confianza que los jefes tenian en su honra. Se le entregaron dos mil duros para conducirlos á Córdoba, y una

rabia inmensa se apoderó de mí, al ver que era él quien merecia que se le eligiese para semejante empresa. Supe hacer de modo, pues como él no tenia secretos para mí le habia visto guardar el dinero, supe hacer, repito, que ántes de que él saliese de Granada aquel capital hubiese desaparecido de su maleta... Su desesperacion fué inmensa al ir á entregar el dinero que le habia sido confiado, y encontrarse sin él, pero la casualidad, que hace á veces el papel de Providencia, hizo que estuviese fuera de Córdoba el jefe que debia recibir aquella cantidad, y él tuvo tiempo de avisarme. Tuve buen cuidado de hacer ver su carta á los compañeros, y hacerles saber que pensaba enviarle de mi fortuna particular los dos mil duros que habia perdido. Esto elevó hasta lo infinito el entusiasmo por mi generosidad, y fué el primer grano de arena en el lago purísimo del honor de mi amigo. Él ignoraba que aquel secreto fuese conocido, y yo me guardé bien de que lo supiese, pues delicado hasta la exageracion, hubiera arreglado el asunto de un pistoletazo, y á mí no me convenia que se matase; soñaba para él mayores torturas. Su gratitud le unió á mí como un lazo

fuertísimo; él se proponia pagarme aquel préstamo que le habia hecho salvando su honra, y se empeñó en dejarme cada mes la mitad de la paga para irme satisfaciendo la deuda de dinero, porque la de reconocimiento, decia él, jamás podria pagarla. Esta nobleza de sentimientos me ofendia como una injuria directa: creo que le hubiese odiado ménos si hubiera sido falso é ingrato!...

—Descansad, hijo mio, dijo el padre José secando el sudor que bañaba la frente lívida del herido.

—Por aquel tiempo, prosiguió el coronel, conocí yo á una mujer, casi una niña, pues tenia diez y ocho años, tan hermosa como la imágen que en un sueño nos acaricia. Me enamoré de ella locamente, quise por todos los medios alcanzar su amor, pero fué en vano. No aceptó ni mis ofrecimientos ni mi fortuna, y yo sentia lentamente transformarse en odio el amor que la tenia, al verme desdeñado!... Oh! si yo hubiese obtenido el amor de aquella mujer, creo que habria sido capaz de ser honrado!... Ella era mi única aspiracion, mi sólo pensamiento!... Su negativa me irritaba!...

El herido se detuvo, y el padre José acercó á su boca un vaso con agua.

II.

—Tuve que salir de Granada por un mes á una comision del servicio, dijo continuando su narracion el coronel, y marché desesperado, no sé si por un triste presentimiento, ó porque me separaba de aquella mujer... Yo no habia dicho jamás á mi amigo, ni á ningun otro, que estaba enamorado: guardaba para mí solo mis dolores, pues no compartiendo yo los agenos, creia que se burlarian de los mios. Cuando volví, mi amigo me dijo que tenia un gran secreto que confiarme... lo escuché con alegría, porque un misterio oculta siempre algo grave. Me dijo que se habia casado; que enamorado hacia tiempo de una mujer muy hermosa y muy pura, no habia querido esperar á ser capitan, y se habian unido con el mayor sigilo. Le pregunté el nombre de su esposa, y al oirlo quedé aterrado, inmóvil, sin poder pronunciar una sola palabra. La mujer aquella era la misma que yo amaba!...

—¡Oh! exclamó el coronel cuya mirada se encendió con un relámpago fugaz; no sé cómo tuve el valor de no matarlo, de no

despedazarlo con mis propias manos!... ¡No sé como no le desgarré el pecho y le arranqué el corazon, como el tigre que en las selvas destroza al que intenta robarle las caricias de su hembra! No sé cuanto sufrí en aquel instante, pero mi razon condenó á los mismos tormentos á aquel hombre aborrecido. ¡Oh! ¡Era horrible!.. ¡Horrible!... Siempre el nombre de aquella mujer en sus labios, siempre la fé, la gloria de su amor en sus ojos... A pesar de los años que han pasado, á pesar de que me hallo al borde del sepulcro, tiemblo todavía al pensar que aquella mujer fué suya!...

—Hijo mio, ¡calmaos!...

—¡Ah, padre! vos sois muy feliz en no conocer las pasiones que hacen un infierno de la vida.

III.

—Yo amaba de tal modo á la mujer que él me robó, continuó el coronel con voz más fuerte, como si aquella violenta sacudida reanimase su espíritu, que al odiarla concentré en mi odio todo mi sér. En mi corazon se habia extinguido todo sentimiento noble y generoso; yo era un mise-

rable, sediento de venganza, y nada más!... Mi odio era necesario á mi vida, como su veneno á la vívora, y yo lo guardaba, lo excitaba y combinaba el modo de que les alcanzase á los dos... porque mi rabia les envolvia en un mismo deseo, en un solo pensamiento! Mi primera idea fué matarlos á ambos... pero él me confió que su esposa estaba en cinta, y yo no quise matar al sér que iba á unir la sangre de los dos esposos, de los dos amantes, más bien, y por consiguiente mi odio. Yo contaba con hacer de aquel retoño de una union maldita, el sér más infame, más miserable de la tierra.

El sacerdote unió con fuerza y como espantado sus blancas manos; el herido prosiguió:

—Esperé, y cuando aquella mujer dió á luz un niño, yo lo preparé todo de manera que él estuviese en mi poder el dia que lo deseara. La confianza de aquel hombre en mi amistad era tal, que ponia en mis manos la vida y el porvenir de su hijo... pues ya comprendereis, padre, que el niño no podia quedar al lado de sus padres, siendo un misterio la union de éstos. Contaria apénas dos meses aquella criatura, cuando

yo teniéndolo todo dispuesto, pensé llevar á cabo el último acto de aquel drama de odio que habia formado en mi alma. Supe que para evitar sospechas de los vecinos, mi amigo escalaba una pequeña tapia, correspondiente á un jardin de la casa de su esposa, y por una reja subia al balcon de su dormitorio, que encontraba siempre entreabierto. Mi amigo me dió estos detalles con tal sencillez, que estuve á punto de lanzar una carcajada... pero lo escuché con fingida indiferencia. Una noche hice que se le ocupara en el cuartel, y me dirigí á la oscura callejuela por donde él escalaba la casa de su mujer. Subí con el corazon tranquilo y la mirada segura... tocaba al fin aquella ansiada venganza... iba á matarla á ella, y mi combinacion era tan infernal, que aquella mujer creeria recibir la muerte de manos de su marido... del hombre á quien amaba!... No tomé precaucion alguna... estaba tan loco, que me era igual que me viesen ó no... Llegué á aquel balcon, y toqué ligeramente.

—«Entra,» murmuró una vocecita dulce.

Llegué hasta el lecho en que aquella mujer estaba acostada, y la rodeé el cuello con mi brazo izquierdo.

—«¿Has visto á Angel?» preguntó ella en tanto que sonreia, como si aquel nombre fuese una luz celestial que pasase ante sus ojos.

Sin contestar descubrí su pecho, levanté el puñal... herí!... la sangre saltó de su seno... ni un ¡ay! se escapó de sus labios... yo estaba seguro de herirla en el corazon, en aquel corazon que habia dado á otro.

—Dios mio, murmuró con angustia el sacerdote.

—Mi primera idea, continuó con voz ronca el coronel, fué esperar á su esposo, embriagarme en su dolor, y arrojar mi máscara hipócrita; pero luégo pensé que podia hacer algo mejor, y me oculté en la oscura callejuela, esperando el resultado. Yo estaba decidido á matarlo á él, si veia que intentaba escapar; poco tiempo despues llegó; subió ligeramente, y algunos minutos más tarde volvió á aparecer en la tapia, vacilante... ébrio de dolor sin duda! Amartillé una pistola, pero ántes que pudiese disparar, un endiablado sereno que salió no sé de dónde, llegó hasta él y lo detuvo...

Volví á ocultarme, y cuando aquel hombre llamó y envió á dar parte al juez, me

alejé lentamente, tan satisfecho de mí mismo como jamás lo habia estado...

El golpe habia sido magnífico!...

IV.

—Es inútil deciros, padre mio, que aquel hombre inocente fué encarcelado como asesino; yo lo acompañé en su prision.

—¿Murió el desgraciado? preguntó con voz temblorosa el padre José.

—No lo sé: le oí sentenciar á muerte, y sintiendo entónces algo parecido á un remordimiento, salí de Granada en el mismo dia, pedí mi licencia absoluta y me vine á América pretendiendo olvidar: jamás he vuelto á oir su nombre.

—¿Habeis dicho que tenia un hijo?

—Es verdad, pero Dios arrancó de mis manos á la pobre criatura... el mismo dia en que su padre fué sentenciado á muerte; al ir á buscarlo no lo hallé, ni á la mujer que le criaba... habian desaparecido; y mi última crueldad fué revelar á su padre esta pérdida.

—¡Dios mio! ¿Y no tuvísteis ni un sentimiento de piedad ante aquel pobre inocente?

—Ninguno, padre; yo le odiaba más cada vez.

—¿Ni buscásteis á su hijo?

—Eso sí: revolví á media España en su busca, arrojé el oro á puñados... fué en vano todo, y eso que el niño debia ser conocido siempre por una señal que yo mismo le marqué... dos pequeñas cruces rojas, junto al nacimiento del cuello, en el lado izquierdo.

—¿Qué decís? preguntó levantándose impetuosamente el sacerdote: ¿y no tenia otra señal?...

—Sí; llevaba consigo un pequeño relicario de plata con una imágen de la Vírgen en un lado, y una fecha, la de su nacimiento, en el otro.

—¿Es este? gritó el padre José arrancando un cordon de seda que rodeaba su garganta y mostrando un relicario.

—¡Dios mio! sí! ¿Cómo está en vuestro poder?

—¿Son estas las señales que marcó vuestra mano? preguntó arrollando su camisa y mostrando el nacimiento de su cuello.

—Vos! vos! gritó el coronel con espanto vos el hijo de Angeles! Vos! y yo he puesto mi secreto en sus manos! Ah! luégo hay Dios!...

La mirada del jóven sacerdote brilló de una manera poderosa; sus labios temblaron pero al fin aquella mirada se dulcificó, unió sus manos y murmuró algunas palabras.

—¿No me perdonareis? dijo el herido temblando.

El padre José extendió su mano solemnemente sobre aquel hombre espirante, lo miró con piedad, y dijo con voz firme y clara:

—Yo te perdono en el nombre de Dios y en el nombre de mis padres!...

Cayó de rodillas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Capitulo cuarto.

I.

El coronel D. Guillermo Rojas murió en la tarde de aquel mismo dia.

Pero ántes de morir pidió un escribano con el que habló largo rato, y escribió por sí mismo, con mano ya convulsa, una carta que entregó al padre José, el cual con otro grueso pliego, cerrado y sellado por la mano del moribundo, lo puso en su pecho.

El padre José, de la Compañía de Jesus, era generalmente querido; en la Isla todos lo conocian, y su dulzura, su caridad, los beneficios que hacia, le habian conquistado una especie de soberanía cuyos súbditos eran los pobres y los desgraciados, que lo amaban de todo corazon, como aman las gentes sencillas y buenas.

Cuando se supo que el noble sacerdote intentaba salir para España, despues de cumplidos los últimos deberes con los res-

tos del desgraciado coronel, una explosion de pena agolpó junto al pastor al humilde rebaño.

—Yo volveré, hijos mios, decia el padre José con bondad, dándoles su mano que cubrian de besos... me espera allí una gran desgracia que consolar; un gran deber que cumplir... pero yo no puedo olvidaros...

—Padre, dijo Nicolás que era el más atrevido, yo no tengo á nadie á quien amar, ni en Nuevitas ni en otro punto, llevadme con vos para que yo os cuide y os sirva; vos padre José, velásteis á mi padre cuando murió, y quiero pagaros vuestra caridad con mi cariño.

—Hijo mio, dijo muy conmovido el sacerdote, ¿y si no puedo volver á Cuba?

—Con tal de que me tengais á vuestro lado siempre, nada más pediré.

—Vente pues, y que Dios quiera sea para tu felicidad!...

II.

Algunos dias más tarde el padre José y Nicolás se embarcaban en la Habana con rumbo á la Península. El padre José estaba sereno, pero profundamente triste. Veia

ante sus ojos á su madre asesinada, á su padre... muerto ó prisionero; él no lo sabia. Tocaba su pecho para hallar los pliegos que le habian sido confiados, pues se creia juguete de una horrible pesadilla.

—Muy triste está el padre, decia el capitan del buque al verle pasearse sobre cubierta, silencioso, y con las manos cruzadas á su espalda en tanto que sus labios se movian.

—Es más bueno que el pan de Dios, pero ese coronel que ha muerto en sus brazos le ha clavado alguna espina en el alma, contestaba Nicolás; desde ese dia el padre José no es el mismo, y ni un momento se disipan las sombras de su frente.

—¿Qué ha hecho en Cuba para ser tan conocido y tan amado? preguntaba el capitan, recordando la conmovedora escena de la despedida del sacerdote.

—Ser honrado y caritativo, pero como estas prendas escasean, por eso se han apreciado tanto, y Nicolás al decir esto sonreia como si creyese que aquellas palabras bastaban para que el padre José fuese conocido.

III.

Ocho dias llevaban de navegacion, cuando una mañana el oficial de guardia se acercó con aire inquieto y le dijo algunas palabras.

—Sí, ya lo he notado, pero callad, que los pasajeros no se alboroten: al parecer la borrasca va á ser buena, segun el viento... Id á vuestro lugar y que cada cual ocupe el suyo.

Momentos despues, las ligeras ráfagas que habian asustado al oficial, soplaron más fuertes, más rápidas; el vaiven del buque se hizo violento; y las olas que se rizaban poco ántes jugueteando con la espuma azotaron con violencia al buque.

Algunos pasajeros asustados sublime sobre cubierta...

El aspecto del mar era imponente, el horizonte se envolvia en una ancha franja gris, que avanzaba con rapidez envolviendo al cielo.

El padre José llegó de los primeros sobre cubierta...

Nicolás y el perro *Tigre* de quien hemos olvidado hablar, lo seguian. Es decir,

la lealtad y la gratitud, que correspondian con una adhesion sin límites á la virtud y á la bondad.

El sacerdote estaba asustado é inquieto; sus hermosos ojos se fijaban con espanto en la nube que avanzaba.

—Capitan, dijo, ¿vamos á tener tempestad?

—Así parece, padre José, así parece!

—Ah, Dios mio! y el buque corre peligro?

—Segun sea ella, y segun Dios quiera mirarnos con misericordia... el marino, padre, no cuenta jamás con el porvenir, la hora presente es su vida: una ola, una ráfaga, un choque y todo acabó.

Como si el viento quisiera confirmar las palabras del marino, una ráfaga que silbó con violencia entre las jarcias, arrastró consigo el palo de mesana, que cayó sobre la borda de babor con un ruido espantoso.

El capitan saltó hácia atrás, y bajó con presteza á dar algunas órdenes.

El sacerdote y su amigo cayeron de rodillas.

El aspecto del cielo era sombrío, el del mar horrible.

—Nicolás, dijo el padre José al cubano,

si yo muero y tú te salvas, procura no alejarte de mí, para tomar dos pliegos que llevo en mi pecho; si Dios quiere que esto suceda, y llegas á España, los lleva al presidente de la Audiencia de Granada, ¿te has enterado, hijo mio?...

—Sí, padre José, contestó con voz temblorosa Nicolás.

—Ahora, que se cumpla la voluntad de Dios!...

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

EL PERDON.

Capitulo primero.

I.

Las once acababan de sonar en el reloj de la Audiencia de Granada, en una mañana de Enero del glorioso año de 1874, cuando un sacerdote jóven y tan pálido como si estuviese convaleciente de una grave enfermedad, llegó pidiendo hablar al presidente.

—No sé si su excelencia habrá venido ya, dijo el portero con algo de más cortesía que acostumbraba, sin duda en consideracion á la clase á que el demandante pertenecia, pero voy á saberlo.

Entró en el patio del edificio y llamó; un urgier vino á saber qué se le ofrecia.

—El señor presidente acaba de llegar, pero será muy difícil que ahora lo pueda

Vd. ver, dijo el ugier al saber de lo que se trataba; sin embargo, si quiere Vd. decirme su nombre y lo que desea...

—Mi nombre le es desconocido, pero puede Vd. decirle que un padre de la Compañía de Jesús solicita hablarle para un asunto de la mayor importancia.

El ugier se alejó, y el padre comenzó á pasearse en silencio por aquel pórtico no muy confortable, pues el dia era tan frio como lo son casi todos los del Invierno en la húmeda y por lo mismo florida ciudad.

El portero ensayaba el medio de dirigirle una pregunta, cuando el ugier llegó.

—Sígame Vd., le dijo con laconismo.

El sacerdote no se lo hizo repetir y subió con ligereza la escalera, hallándose pronto en presencia de un hombre grave, serio, con ese gesto sombrió que algunos adoptan porque suelen creer que les presta dignidad.

Aquel hombre era un magistrado; llevaba la severa toga, cuyas manos se orlaban de blancos encajes distintivo de su dignidad, y el birrete negro estaba á su lado sobre una mesa.

Al ver al sacerdote se puso de pié como involuntariamente, é hizo una seña al ugier

para que se fuese cerrando la puerta.

El padre de la Compañía de Jesús avanzó en silencio, se inclinó ligeramente, y preguntó con voz conmovida:

—Es al presidente de esta Audiencia al que tengo el honor de hablar?

—Al mismo, ¿qué deseais?

—Entregaros este pliego que he jurado á un moribundo poner en vuestras manos.

El magistrado lo tomó, hizo una señal al sacerdote para que tomase asiento, sentóse él mismo, y rompió el sello que cerraba aquel pliego.

Comenzó á leer, y á medida que leia sus manos temblaban y se alteraba su rostro.

—¿Sabeis lo que este pliego contiene? preguntó al sacerdote.

—Creo adivinarlo, porque escuché la confesion de ese hombre.

—Sí, es la rehabilitacion, la justificacion de un desgraciado... oh! asusta pensar lo que ese hombre ha sufrido... y era inocente!...

—¿Pero ha muerto? preguntó con ansiedad el sacerdote.

—No, felizmente: la que era entónces reina de España, le indultó de la última

pena, conmutándosela por la inmediata... por la prision perpetua... Esto fué á ruegos de su madre... que ya murió!

—¡Dios mio!

—Es muy triste esto, pero si hubiésemos de creer á todo el que nos dice que es inocente, no habria un solo criminal... ya comprendereis, padre, que la justicia humana tiene que fallár apoyándose en pruebas materiales... al hombre no le es dado leer en el alma de sus semejantes; es muy grave nuestro cargo, muy espinoso... oh! me acuerdo perfectamente de esa causa; yo fuí el juez que le tomé la primera declaracion; era un jóven como vos, y la mujer muerta era tan hermosa!...

Los ojos del sacerdote se llenaron de lágrimas y nada dijo.

—Vamos, tened la bondad de acompañarme; el caso es tan grave que es fuerza dar cuenta de él á mis compañeros.

II.

El padre José, pues ya le habrán conocido nuestros lectores, seguia con una impaciencia y una angustia suprema la deliberacion de los magistrados.

Al fin oyó decir al presidente llamando á un ugier:

—Tomad esta órden y haced que os entreguen al preso que aquí se marca.

El ugier salió y el magistrado se volvió al sacerdote:

—Padre, le dijo, podeis ver si os agrada, cómo vamos á cumplir con nuestro deber volviendo la libertad á ese desgraciado.

—Iba á rogarles que me permitiesen esperarle aquí... Tengo tambien otra mision que cumplir acerca de ese... caballero.

—Esperarle pues: es una gran dicha para nosotros el poder deshacer un error, error que, por otra parte, tenia todas las apariencias de la realidad.

—El crímen no olvida ningun detalle; dijo con pena el padre José.

—Pero los que juzgan de ese crímen no pueden penetrar en sus misterios; su secreto queda inviolable.

—Teneis razon, los jueces cumplieron con su deber condenando... ¡Dios haya perdonado al que no cumplió con el suyo!

III.

Una hora escasa habria pasado, cuando el sacerdote se puso violentamente de pié, y los magistrados volvieron la cabeza con interés.

Un ugier habia anunciado al presidiario Fermin Valdés, aquel gallardo teniente de que hablamos al principio de esta historia.

Pero nadie lo hubiera reconocido.

Su cútiz tenia esa palidez mate que adquiere la piel cuando no siente el contacto del aire y la luz... sus ojos estaban apagados, su barba larga y negra le daba un aspecto extraño.

Adelantó lentamente y saludó guardando silencio.

El padre José comprimió su pecho con las manos, temiendo exhalar un grito.

¡Cómo se parecian aquellos dos hombres en su expresion de tristeza!

—Sentaos, Sr. Valdés, dijo el presidente con embarazo.

—Gracias, murmuró el pobre presidiario, podré saber lo que aún quiere el mundo de mí, de mí que casi he llegado á olvidarlo!...

—Quiere enmendar una injusticia, come-

tida de la mejor buena fe; quiere daros la libertad.

—¡La libertad! á mí!

—A un inocente no puede castigársele!..

—¡Ah! ¡la luz se ha hecho!... ¡Gracias, Dios mio!... ¿Y puedo saber por qué se me cree hoy inocente?

—Tomad: esta declaracion os lo dirá.

—Dadme, dadme; voy á saber al fin quién fué su asesino!...

Tomó con mano temblorosa el pliego y leyó una ámplia declaracion del coronel Guillermo Rojas, en que confesaba que él, y sólo él, habia sido el asesino de Angeles Murillo; y despues de ofrecer detalles que comprobaban la verdad del hecho, pedia perdon al que habia sido su amigo, y víctima de su crímen, suplicando á los jueces le devolviesen su libertad, si Dios le habia conservado la vida.

Esta declaracion *in extremis* estaba firmada por el declarante y legalizada por un escribano y tres testigos. La duda era imposible.

Valdés leyó con suma atencion aquellas líneas que eran su libertad, su honra, su vida, y pareció meditar.

—No, dijo de pronto, él no podia ser un

asesino! él que era mi solo amigo! Quién sabe si ha querido salvarme declarándose culpable... quién sabe si esta declaracion es una abnegacion sublime!

—Las leyes no han previsto ese caso, y vos sabeis, por desgracia, que los tribunales de justicia juzgan de lo que ven... no puede darse el ejemplo de que una sentencia absuelva ó condene por una impresion concreta por un presentimiento personal!... Desde el momento en que se nos muestra el verdadero culpable, vos, inocente del crímen de que estábais acusado, quedais en libertad.

El padre José adelantó con paso lento hasta la mesa de la presidencia, extendió su mano, y dijo con voz solemne:

—Yo, como ministro de Dios, escuché la última confesion de D. Guillermo Rojas, y en nombre de Dios le absolví de sus culpas. El me autorizó solemne y expresamente para publicar la verdad de tan terrible suceso, y desvanecer ante los jueces y ante el mundo, toda sospecha que pudiera recaer sobre su no culpabilidad, así como sobre la inocencia de D. Fermin Valdés. Yo, pues, en cumplimiento de mi deber y en nombre de Dios afirmo que es

verdadera la declaracion de Rojas; en nombre de Dios protesto que he dicho la verdad.

Fermin Valdés, al oir aquella voz levantó vivamente la cabeza, que tenia oculta en sus manos, y dió dos pasos hácia el jóven jesuita, al cual no habia visto ántes.

—¿Cómo os llamais?... le preguntó con trémula voz...

—José de Jesús, contestó dulcemente el sacerdote.

—¡Ah! perdonad! os pareceis tanto á una persona á quien yo he amado mucho!...

—Fermin Valdés, dijo el presidente de la Audiencia levantándose y tocando ligeramente el birrete con su mano derecha, desde este momento quedais en libertad, y para compensaros en lo posible lo que habeis sufrido el tribunal se encarga de hacer saber al ministro de la Guerra vuestra inocencia, para que él obre en justicia!

Y haciendo con la mano una ligera señal dió á entender que el asunto habia terminado.

IV.

Lo inesperado ejerce una presion sobre

todos nuestros sentidos, especie de sueño moral que entorpece la accion de las ideas.

Cuando Fermin salió, miraba á todas partes con asombro, vacilaba, parecia ébrio...

—¿Quereis apoyaros en mi brazo? le dijo el padre José con ternura; tengo cerca un coche y os llevará á mi casa.

—Acepto vuestra oferta, no sé á dónde ir; á nadie conozco ya!...

El padre José le condujo en silencio fuera de la Audiencia, despertando á su paso no poca curiosidad y asombro en los ugieres y porteros; le hizo subir á un coche que en efecto lo esperaba, y lo llevó á su modesta habitacion. Cuando entraron en ella, el jesuita se detuvo, sacó de su pecho un grueso pliego cerrado y lo presentó á Valdés.

—El hombre que ha sido vuestro enemigo, me ha dado al morir la comision de entregaros estos documentos; podeis leerlos; estais en vuestra casa!... Y dejando los papeles en manos de Fermin, salió del aposento cerrando tras sí la puerta.

Capítulo segundo.

I.

Fermin Valdés, el hombre honrado y digno que habia llevado veinte y nueve años el grillete del presidiario; que habia visto asesinada á su esposa y habia sabido la muerte de su madre y la desaparicion de su hijo, sin poder, encadenado por la ley, ni recoger el suspiro postrero de la una, ni buscar para protejerle al otro, parecia anonadado bajo el peso del descubrimiento imprevisto á que debia su libertad.

Le aterraba tanta infamia!...

Casi podria asegurarse que no la comprendia.

Abrió con mano convulsa el pliego, y varios papeles cayeron al suelo.

Los recogió y fué mirándolos uno por uno.

Allí estaba, legalizada en toda regla, la fe de bautismo de Angel Valdés y Muri-

llo, hijo de Fermin y Angeles, cuyo casamiento constaba igualmente en otros documentos, ambos de fecha de 1844 y 45.

En otro más reciente, fechado en Cuba, el reconocimiento legal de Angel Valdés, hecho por su padrino D. Guillermo de Rojas, el cual lo instituia por heredero universal de sus bienes, no teniendo como no tenia familia, y deseando que los pobres tuviesen en el jóven Valdés un protector constante.

Despues una carta, escrita por una mano trémula y dirigida al mismo Fermin.

Hé aquí su contenido:

«Mi corazon me dice que vives aún, y que podrás leer estas líneas escritas por una mano que ya entorpece la muerte, para demandarte perdon.

He sido infame y cruel para tí, pero Dios ha querido que encuentre á tu hijo, y que repare en lo posible lo inmenso de mi falta.

Lo he reconocido por su parecido con su madre, por las señales indelebles que yo marqué en su cuello, y por el relicario que guarda.

Su nombre es bendito por todos los labios!...

Dichoso el que pueda llamarse su padre!...

Por él, por su amor, perdóname!

Tu piedad y su bendicion me alcanzarán la misericordia de Dios!...

Guillermo Rojas.»

—Mi hijo! exclamó Fermin con un trasporte inexplicable. Vive mi hijo! Mi Angel! Oh! ¿Y dónde está?

Se levantó y dió algunos pasos; la puerta se abrió en silencio y apareció el jóven sacerdote.

—Mi hijo! Dónde está mi hijo? le preguntó Fermin.

El padre José quiso contenerse, pero no pudo, dió un grito y se arrojó en los brazos de Valdés.

—Padre! murmuró.

. . . .
. . . .

II.

Hemos querido explicar de algun modo la emocion de estos dos hombres, y nos ha sido imposible.

En la palabra humana no puede encerrarse el sentimiento divino; Dios no lo quiere!...

Dios, que á todo lo que es grande como su esencia, como su sér, lo rodea del misterio!...

Cuando la primera explosion de caricias y de lágrimas se hubo calmado, Fermin preguntó á su hijo:

—¿Cómo es que llevas otro nombre, y por qué eres sacerdote, hijo mio?

—Yo no he sabido hasta la muerte del coronel Rojas quiénes eran mis padres.

—¡Cómo! ¡Ah! ¡hijo mio! cuéntame toda tu vida, hora por hora, yo quiero saberlo todo, quién ha cuidado de tí, dónde has crecido tú... Angel, Angel mio de mi alma, cómo te pareces á tu madre!... á tu hermosa y santa madre asesinada por ese infame cobarde!...

—Padre mio, voy á contaros mi historia que es tan sencilla como la de un ave... que por primera vez ha dejado su nido!

Capítulo tercero.

I.

—Yo he crecido en la Isla de Cuba, dijo el padre José comenzando su narracion, y debí ser trasladado allí muy niño, porque no me acordaba de otros séres ni de otros países. El matrimonio que cuidaba de mí, y me llamaba su hijo, era una pareja sencilla, honrada y buena. Pertenecian al pueblo, á esa clase social que trabaja para vivir, y que ignora los vicios y las miserias que corroen á las demás clases. El se llamaba José, ella María, y ambos que me amaban mucho, me enseñaron desde que pude comprenderles las máximas más puras de virtud y caridad. Cuando contaba yo diez años murió José, y su pobre viuda consagró á mí su vida entera. Jamás podré olvidar sus cuidados, su ternura, sus consejos que formaron mi corazon! Desde que supe pensar, padre mio, dijo en tanto que es-

trechaba en las suyas las manos de Valdés, he tenido un horror instintivo hácia el mal... Yo sentia la necesidad de practicar la caridad y la humildad, yo sentia caer sobre mi alma el llanto de la humanidad; hallaba el dolor por todas partes, y huia de esos centros hácia los cuales convergen todos los malos deseos, todas las viles pasiones. Mi buena madre, pues así la llamaba yo, halagaba mi idea de ser sacerdote, era toda su alegría. Estudié con ardor, pues queria instruirme para ennoblecerme, y la pobre María, cada vez que me veia llegar con un premio, recompensa de mi aplicacion, decia moviendo la cabeza con pena:

—¡Dios mio! Vá á ser un sabio y yo no quiero eso, yo quiero que sea humilde y que por su virtud alcance el perdon del otro desgraciado.

—Yo entónces no comprendia esto, pero no tardé en saber su misterioso sentido. La santa mujer que me habia educado, y que ya viuda habia trabajado para que á mí nada me faltase, cayó gravemente enferma, el mismo dia en que tuvo la dicha inefable de verme celebrar por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa. Me llamó junto á su lecho de muerte y me dijo:

—Hijo mio, Dios me es testigo de que quisiera evitarte la pena que mis palabras te van á causar, pero al decirlas cumplo con un deber sagrado. Hijo mio, yo no soy tu madre, aunque Dios sabe que como á un hijo te quiero... Yo vivia en España, en una ciudad de Andalucía, cuando tuve la inmensa pena de perder á mi hijo único, mi José, de algunos meses de edad. Un caballero vino á buscarnos para que me encargase de lactar á un niño que acababa de nacer... Eramos pobres, y además yo no queria dejar secarse el manantial que Dios habia puesto en mi seno, que podia dar vida á una criatura, y acepté... aquel niño eras tú. Yo la oia conmovido y aterrado. Poco tiempo despues, continuó ella, sucedió una cosa horrible... tú no tenias ya padres, hijo mio, y el caballero que te nos entregó y que nos contó la catástrofe que te dejaba huérfano, nos daba un miedo tan grande, que por no entregarte á él cometimos una mala accion, que Dios nos perdone!... Huimos contigo, y no creyéndonos seguros allí donde estaba él, cruzamos los mares y nos fijamos aquí... desde entónces te dimos el nombre de nuestro hijo y como tal te quisimos, pero tu nombre no es ese... tu nombre es...

—¿Cuál? le pregunté yo con ansiedad.
—Es, es... murmuró como si intentase recordarlo, Dios mio, lo he olvidado!...
—Madre, por Dios, decidme mi nombre, el nombre de mis padres!...
—Hijo, hijo mio, perdon... murmuró con voz ahogada, reclinó su cabeza en mi pecho y espiró...
¡Se llevaba consigo mi secreto!

II.

—Dios sabe, padre, cuánto pensé yo en aquellas misteriosas palabras!... continuó el padre José. Llegué á creer que habia sido un delirio de mi buena madre, y me consagré con ardor á la caridad la más pura de las virtudes... He dedicado algunos años de mi vida á consolar la desgracia, á socorrer la miseria... aquellos que he llamado mis padres, y que recordaré siempre con ternura, me habian dejado al morir un pequeño capital, que facilitaba mucho mi ardiente deseo de velar por los desgraciados. La guerra ensangrienta aquellos hermosos campos; yo buscaba á los heridos para curarles, á los muertos para darles sepultura... Dios sin duda guiaba mis pasos,

para que practicando el bien hallase vuestra libertad y mi nombre... ¡Dios es bueno y justo, padre mio, y debemos bendecir sus misteriosos designios que siempre nos guian á la dicha!... En un bosque de mi patria, perdonad, yo la he creido siempre mia, encontré herido al coronel Rojas... Le asistí, y oyendo su confesion, conocí el crímen que él mismo ha revelado, y me dí á conocer á él... ¡Ah, padre! la muerte de ese hombre, su cruel agonía, su deseo de alcanzar vuestro perdon...

—Jamás! interrumpió Valdés.

—Todo el martirio que él sufrió, era un castigo terrible y yo, en vuestro nombre, lo perdoné.

—¡Imposible! Yo no puedo perdonar al que asesinó á tu madre; al que me ha tenido veinte y nueve años sujeto á la cadena del presidiario; al que empañó el honor de mi nombre; al que te alejó de mí; al que causó la muerte de mi madre, de tu noble abuela, y la locura y la muerte de tu otra abuela, de la madre de Angeles.

III.

El sacerdote miraba con pena á su padre,

en tanto que se expresaba así... su alma bendita y pura no comprendia el odio... creia que el perdon no es un esfuerzo de la voluntad y la virtud, sino la ley natural del corazon, que no puede, por lo mismo que juzga infame la ofensa que ha recibido, devolver aquella infamia, sino deshacerla por la generosidad.

—Dios nos manda perdonar, murmuró suavemente.

—Dios juzga severamente al culpable y premia al bueno, dijo Valdés, no pidas al corazon del hombre más indulgencia que á la justicia del Ser Supremo.

—El arrepentimiento borra la culpa.

—¿Y quién te dice que ese hombre á no sentirse herido de muerte se hubiera arrepentido?...

—¡Oh padre! ¡Quién sabe!...

—Sigue, hijo mio, tu historia y no hablemos de eso.

—Poco tengo ya que deciros, padre; ese desgraciado me contó toda su historia de odio y miserias, me habló de vos, de vuestro hijo... me reconoció, y entónces puso en mis manos los documentos que podian probar mi identidad, y el que os declaraba inocente... esto sucedió en Junio del pasado año.

—¡Cómo! Y has estado seis meses sin venir á salvarme? dijo Fermin con amargura.

—¡Padre!... No merezco esa reconvencion! Seis dias despues de morir el coronel y en el primer vapor que salia para la Península me embarqué...

—¿Y bien?

—A la mitad de la travesía una horrible tempestad envolvió el buque... ¡ah Dios mio! No creo que un hombre pueda sufrir jamás tanto como yo sufrí entónces!... Sentia á la muerte cernerse sobre mí, que llevaba conmigo las pruebas de vuestra inocencia! Si yo moria, continuó en tanto que secaba algunas lágrimas que brotaban en sus ojos, aquel secreto moria conmigo, vos no podiais recibir jamás el consuelo de veros justificado... era vuestra libertad, vuestra honra, lo que yo tenia miedo de perder más que la vida!... ¡Qué horas de angustia, padre mio! Yo, de rodillas en la cubierta del buque, invocaba á Dios que me permitiese salvaros, aunque fuese luégo su voluntad tomar mi vida. La cartera que contenia mis preciosos papeles estaba conmigo, oculta en mi pecho. A mi lado habia un hombre bravo y leal, un cubano que agradeci-

do á algunos ligeros favores que pude hacer á su padre, y habiendo muerto éste quiso venirse conmigo... ¡Ah, padre mio! cómo Dios hace que la más pequeña caridad de nuestra parte sea el grano de trigo que produce espigas de amor y de consuelo! ¡Cómo se nos recompensa en la tierra una buena obra!... El hombre vé y toca el premio que la misericordia divina guarda al que practica las virtudes. Queriendo aliviar y ayudar á mis semejantes, hallé vuestra libertad; consolando y acompañando á un pobre anciano, hallé mi vida! Nicolás que me acompañó á España por cumplir conmigo una deuda de gratitud, me salvó.

—¿Cómo, hijo mio?

—Ya os he dicho que estaba junto á mí, de rodillas sobre la cubierta del vapor. La tempestad habia ocultado el Sol y el cielo; torrentes de agua se mezclaban á los torrentes de espuma que alzaban las olas: el viento empujaba al buque cual si fuese una ligera arista y los relámpagos que iluminaban á momentos aquel cuadro espantoso, no mostraban en derredor nuestro más que abismos de espuma. Una ráfaga violenta inclinó al barco como si fuera á sumergirlo; la ola que avanzaba salvó la borda del bu-

que y entró en él. Me sentí arrastrar, y luégo, padre mio, cuando me abandonaban las fuerzas, una mano poderosa me sostuvo con vigor. No sé lo que sucedió despues... me hallé en una lancha... Nicolás estaba á mi lado... sus ropas como las mias estaban empapadas de agua...

—Pardiez, padre José, me dijo besándome la mano; por poco nos vamos con los peces, que no hubieran tenido mal banquete.

—¿Qué ha sucedido? le pregunté sintiendo mis ideas confusas.

—Casi nada!... La ola os declaró buena presa y se quedó con voz... pero afortunadamente yo estaba allí; yo, que nado como un pez, me lanzé detrás, os sostuve cuando ibais á sumergiros, grité, me agité, nos vieron al fin, y nos arrojaron esta lancha... pero ahora hay otra cosa más séria...

—¿Qué hay?

—La barquilla, arrastrada por el viento, nos ha llevado muy léjos del vapor; sin duda la han creido perdida... nada se vé... la noche va á llegar, y aunque la tempestad pasó, nuestra situacion no es muy buena.

—Dios nos amparará!

—Así lo espero... Padre José, quereis

ver si se han perdido aquellos papeles?

Llevé la mano á mi pecho precipitadamente, y respiré con alegría.

—Están aquí, dije.

—Gracias á Dios, tenia miedo de que hubiesen ido al mar.

IV.

—Pasamos la noche en una angustia creciente. La lancha flotaba al azar, no teniamos remos para impulsarla y además á dónde ir? Las ropas mojadas nos pesaban de una manera horrible; yo notaba que la voz de Nicolás se debilitaba por grados.

—¿Qué tienes? le pregunté.

—Nada, padre, no hay que alarmarse... me herí un poco en la cabeza al arrojarme al mar, pues la ola me echó hácia el buque y la sangre sale poco á poco, pero eso no será nada...

—¡Dios mio! cómo no lo has dicho! le dije yo. Busqué en la oscuridad aquella herida, y la vendé como pude con mis pañuelos mojados... En fin, al amanecer un buque que hacia la travesía á Inglaterra, nos recogió á bordo. El pobre Nicolás habia perdido mucha sangre, tenia fiebre...

Cuando llegamos á Lóndres él estaba gravemente enfermo, y ha estado así, entre la vida y la muerte, durante mucho tiempo. Yo no podia abandonar solo, enfermo, y en una tierra extranjera, al que por mí dejaba su patria, y por salvarme arriesgaba su vida... Pero cuánto he sufrido, Dios mio! ¡cómo pesaban sobre mi alma los dias que pasaban, qué duracion tenian las horas!... Al fin, el pobre Nicolás estuvo bueno y nos vinimos á España: anoche llegué á Granada, ya veis que no he perdido el tiempo.

V.

Fermin Valdés abrazó á su hijo... estaba orgulloso de él.

Era el jóven de alma pura, de corazon generoso, de pensamiento elevado.

El niño á quien la florescencia de la juventud no ha arrancado el perfume de la inocencia, de la sencillez, de la bondad.

¡Y hoy es tan raro encontrar un hombre así!...

Hoy se hace alarde de los desengaños aprendidos, no sabemos dónde; la experiencia es una ciencia infusa, inoculada,

como la viruela, para preservativo de la epidemia *buena fe:* el hombre se erije por sí mismo en un diosecillo al cual no está vedado nada, y acostumbrándose á hacer gala de indiferencia y desprecio hácia todo lo que es respetable, llega á perder, en efecto, todo lo que de noble y puro se encerraba en su alma.

Si todos esos pequeños Voltaires nos dejasen un tratadito que nos ilustrara acerca de sus dudas, ya que no de su fe...

¡Qué divertida seria la tal compilacion!...

Porque en realidad, sino fuera tan triste, seria muy cómico el ver la vanidad juzgándose á sí misma!...

El análisis del pensamiento de uno de esos jóvenes, *gala de la época*, si es que el vacío puede analizarse, seria una operacion de las más curiosas que podrian confiarse á la química...

¡Cuánto por ciento daria la apariencia sobre la verdad!...

Porque ellos no son tan malos como se empeñan en parecerlo...

Es que arrastrados por la vanidad quieren hacer creer que no deben tener en su alma candor ni en su pensamiento esperanza: quieren ocultar la fe de la inocencia

que es luz de la vida: quieren aparecer excépticos para no aparecer sencillos!...

¡Como si los sentimientos de la vida, cual los frutos de la tierra, no tuviesen de antemano marcada su época!...

El botánico presta á veces á la planta una vida artificial condensando sobre ella la atmósfera, encerrada en una campana de vidrio... pero esa vida es fugaz, la planta muere...

El hombre no puede obrar así con su razon sin extinguir cuanto de noble hay en ella.

Los sentimientos tienen un lento desarrollo; al precipitarlo se gastarian sin haber producido nada útil.

No; el sér humano no puede crear *en la nada*, así como Dios creó *de la nada*, y para que su inteligencia y su corazon, aunándose le faciliten la una su luz, el otro sus sensaciones, para guiar una vida que deja en pos una estela de glorias ó virtudes, es preciso guardar cuidadosamente los gérmenes del sentimiento depositados en nuestra alma, porque si ellos se evaporan, si el vacío se hace... es inútil pensar en que la ciencia pueda llenarlo; la ciencia enseña, pero no siente, y para que una obra en-

cierre un reflejo de inspiracion divina, ya sea esta obra moral ó material, se necesita que su artífice no sólo sepa juzgar, sino que sepa sentir!...

VI.

Perdon, lector, nos habiamos olvidado de nuestra historia.

La manía de razonar es una antigualla, segun el *espíritu* moderno, que no podemos desechar.

—¿Dónde está ese hombre que te salvó? yo quiero verlo, mi querido Angel, dijo Fermin á su hijo.

—Vais á conocerlo ahora mismo, contestó el jesuita llamando. Nicolás apareció. Estaba más pálido y más delgado que cuando le vimos, pero risueño siempre.

—Nicolás, dijo el padre José, mi padre quiere conocerte...

—Su padre!...

—Sí, amigo mio, una traicion le ha tenido encarcelado, y á mí léjos de él, pero Dios me lo devuelve.

Nicolás sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y para ocultar su emocion se arrojó sin ceremonia en los brazos de Fermin!

Capitulo cuarto.

I.

Un mes despues, el padre y el hijo paseaban juntos en el jardin de una bella quinta de Aragon, propiedad de Fermin Valdés, que habia recobrado el pequeño capital que le pertenecia y que uno de sus parientes habia administrado durante su prision.

La aventura de Rojas y su libertad fueron en breve conocidas y el nombre de Valdés pasó de boca en boca...

Pero él no queria recibir una ovacion de los mismos que lo habian condenado, y salió de Granada para su valle natal, huyendo de la sociedad que tan larga y terrible leccion le habia dado, y consagrándose por completo á su hijo.

Este que, como en Cuba, consagraba su vida á la caridad y á la piedad y tenia muchas ocasiones de ejercerla, pues aquí co-

mo allí los hombres se matan, sostenia con su padre una gran discusion.

—Imposible, Angel, decia Fermin, tú no puedes admitir la fortuna de ese hombre que mató á tu madre.

—Padre mio, no es para mí el legado, es para los pobres; yo seré un mero administrador, que no tocaré á esa fortuna.

—Jamás consentiré.

—Padre, por Dios, pensad en cuántas lágrimas pueden secarse con ella, cuántos dolores se calmarán, cuántas miserias serán extinguidas... el hombre no puede rehusar una mision de amor y caridad que por voluntad de Dios le ha sido confiada; además, acaso esas limosnas que repartirá mi mano le alcancen el perdon de Dios, ya que vos le negais el vuestro...

—¡Siempre! Yo te ruego Angel que no me hables de ese hombre!...

—Es preciso, padre mio, entre vos y yo se levanta ese recuerdo; Dios quiere que perdonemos á nuestros enemigos para perdonarnos él; yo os lo ruego, dijo el jóven sacerdote cayendo de rodillas y asiendo las manos de su padre... perdonadle por mí, y jamás volveré á pronunciar su nombre delante de vos,

—No, dijo Fermin con voz ronca separando su vista de su hijo, era el asesino de tu madre!...

—Pues bien, por mi madre, continuó el padre Angel, pues llevaba ya su verdadero nombre, por su adorada memoria, perdonadle... él os hizo mucho daño, pero ha muerto ya, ante la muerte se detiene la venganza y el odio... él os ha devuelto la libertad y mi amor!...

—Pero no ha podido devolverme á mi esposa!...

—Mi madre, dijo Angel con voz inspirada, os ruega conmigo que le perdoneis!... cómo quereis ir con ella á esa gloria que Dios guarda á los buenos, si teneis el rencor en el alma!...

Fermin dudó, sus manos temblaron y su vista se alzó al cielo.

—Hijo mio, dijo, has vencido: por la santa memoria de tu madre que has evocado, y por tu amor, que es la dicha de mi vida, yo perdono al asesino! ¡Que Dios lo haya perdonado tambien, y que descanse en paz!

El sacerdote se arrojó en los brazos de su padre!...

Nicolás el cubano que presenciaba esta

escena oculto entre los árboles, murmuró limpiando sus ojos, que las lágrimas empañaban:

—¡Es un santo!...

Y el perro *Tigre*, como si comprendiese la virtud de su amo, fué á saltar alrededor de él ladrando de alegría.

El padre y el hijo siguieron su paseo!... ambos lloraban!...

—Pero el cielo bendice el llanto que arranca la caridad!

FIN DE LA NOVELA.

INDICE.

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLÚMEN XIV.

EL MAYOR CASTIGO.

LEYENDA DRAMATICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Segunda edicion.)

CADIZ 1884.

TIPOGRAFIA LA MERCANTIL
PLAZA GASPAR DEL PINO.

A S. A. R. LA INFANTA DE ESPAÑA

DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA

DE BORBON,

En homenage de respetuoso cariño,

La Autora.

EL MAYOR CASTIGO.

LEYENDA DRAMATICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PERSONAGES.

Doña Leonor de Riaño.
María, su dueña.
Don Luis de Haro.
Don Pedro Calderon de la Barca.
Felipe IV.
Un oficial de su guardia.
Damas y caballeros de la córte.

La accion en Madrid, en el año 16...—Muebles y trages de la época.

Las indicaciones de derecha é izquierda se comprenderán del espectador.

ACTO PRIMERO.

Jardines del Buen Retiro. La escena alumbrada por la luna; las enramadas del fondo con iluminacion artificial.—A la derecha, en primer término, un banco rústico respaldado de árboles: cuando los actores lo estimen conveniente, deben cruzar por el foro damas y caballeros, como asistentes á la fiesta que se menciona.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, MARIA.

(Llegan por la izquierda envueltas en los mantos).

LEONOR. *(Mirando en derredor con inquietud).*
¿Estás cierta que es aquí
donde dijo que vendria?
MARIA. ¡Como de ser yo María
y de acompañarte á tí!
LEONOR. ¿Por qué, pues, no habrá venido?...
¡El acto empezado está!...
MARIA. ¡Ten calma, Leonor; será
que el rey lo habrá detenido!
LEONOR. ¡Oh, me tiembla el corazon!...
Si estando él aquí ¡Dios mio!
llegase á venir mi tio...

MARIA. ¡Quién! ¿Don Pedro Calderon?..
¡A fé que el temor es bueno!...
¿Crees que á un autor le ocurriera
alejarse, aunque pudiera,
de su drama en el estreno,
para buscar aventuras
entre galanes y damas
bajo estas frondosas ramas,
tan discretas como oscuras?

LEONOR. Pero... si lo sabe luégo...

MARIA. ¡Bah!... si lo llega á saber,
dirá que no hay que poner
la estopa cerca del fuego...
tú bella... él galan...

LEONOR. Me pesa
haber cedido á su intento...
tiemblo, y no sé lo que siento!...

MARIA. ¡Leonor, de temblar ya cesa!...
(Tomando su mano y acariciándola).
La tortolilla que ama,
sin afan y sin temores
deja su nido de flores
por ir dó el amor la llama...
De la luz buscando el foco
intenta elevarse al cielo;
mas... al dar el primer vuelo
tiemblan las alas un poco!... *(Se rie.)*

LEONOR. *(Retirando su mano con enojo.)*
¡Te estás burlando de mí,
y eso no es justo, María!

MARIA. No te enfades, niña mia...

¿no le amas?

LEONOR. ¡Ya ves que sí!

MARIA. Entónces, ¿por qué dudar?
¿No vale más explicarse
que suspirar y mirarse
y volver á suspirar?...
Si al fin tu esposo ha de ser...

LEONOR. *(Con sencillez y alegría.)*
¿Qué dices?

MARIA. Lo que yo espero.
Don Luis es un caballero,
y cumplirá su deber...
si ántes, cual la mariposa
volaba de flor en flor,
al pensar en tí, Leonor,
pensó en hacerte su esposa.

LEONOR. ¿Tú sabes?...

MARIA. No me lo ha dicho;
pero yo infiero, hija mia,
que de mí se ocultaria
tratándose de un capricho...
pues, aunque es tan gran señor
y goza el favor del rey,
para mí no hay otra ley
que tu ventura, Leonor...
y ni por su gran riqueza
ni por sus altos honores,
yo ocultára unos amores
que mancharan tu pureza...
(Acariciándola con ternura.)
Mas verte á don Luis unida.

es mi esperanza, mi sueño,
de mi ambicion el empeño,
el anhelo de mi vida!...
En la córte, ¡cuántas bellas
tendrán de tu dicha celos!...
Cuanto más claros los cielos,
más visibles las estrellas...
y allí brillará el tesoro
de tu belleza, Leonor,
cual brilla la humilde flor
puesta en un vaso de oro.

LEONOR. *(Riendo.)* ¡Ambiciosa!...

MARIA. *(Muy conmovida.)* Para tí
soy, lo confieso, ambiciosa.
Anhelo verte dichosa,
¡aunque te olvides de mí!...

LEONOR. ¡Olvidar!... ¡Qué desvarío!...
Por muy feliz que yo fuera,
nunca olvidarme pudiera
ni de tí, ni de mi tio!...

MARIA. *(Con tristeza.)*
De tu tio, bien lo sé!
le estás tan agradecida
que dieras por él la vida...
eso... cualquiera lo vé.

LEONOR. Y por tí....

MARIA. *(Imterrumpiéndola con viveza.)*
No digas nada
de mí.

LEONOR. Por qué no decir...

MARIA. ¿Qué afecto puedes sentir

por una pobre criada?

LEONOR. Yo no olvido los cuidados
que á tu cariño he debido.

MARIA. *(Llorando.)*
¡Qué significan!... ¡si han sido
con el dinero pagados!

LEONOR. *(Abrazándola.)*
¡Vamos! ¡Tu eterna manía!
¡No te ha pagado el dinero;
que un cariño verdadero
nada lo paga, María!

MARIA. *(Besándola.)*
¡Ay! ¡Dios te bendiga!... ¡Allí
(Reparando en don Luis que llega por el foro.)
viene!... ¡No temas!... ¡Te dejo,
pero de aquí no me alejo!

LEONOR. ¡Ah! ¡Luis!...

MARIA. *(Retirándose por la izquierda y mirando á Leonor con expresion de celosa queja.)*
¡Ya no piensa en mí!

ESCENA II.

LEONOR, DON LUIS.

(Don Luis al ver á Leonor deshace el embozo de su capa y baja rápidamente al proscenio.)

LUIS. ¡Leonor!...

LEONOR. *(Con timidez.)* ¡Don Luis!

LUIS. ¡Vida mia,

perdóname si he tardado!
El rey me llamó á su lado
cuando aquí me dirigia,
y ahora mismo me ha dejado!

LEONOR. Esperándote, contaba
con impaciencia y temor
cada instante que pasaba.

LUIS. (*Interrumpiéndola con alegría.*)
¡Niña del alma!

LEONOR. Y temblaba...

LUIS. ¿Por qué ese miedo, Leonor?

LEONOR. (*Vacilando.*)
¡No sé!... ¡Pensaba en mi tio!

LUIS. Tranquila puedes quedar;
ocupado en escuchar
su hermoso drama, bien mio,
no ha de venirte á buscar.

LEONOR. Mas... aunque él no venga aquí,
tendré de su sombra miedo;
pues lo engaño obrando así,
y yo engañarle no puedo,
que es un padre para mí.
(*Muy conmovida y animándose gradualmente.*)
¡Le debo tanto!... En la vida
me encontré huérfana y sola,
como barquilla perdida
que flotando de ola en ola
va del viento combatida...
Sin padres y sin fortuna,
¿pudiera el destino mio
ofrecerme dicha alguna,

á no encontrarse mi tio
entre el destino y mi cuna?

LUIS. (*Con impaciencia.*)
¿Le amas, pues?

LEONOR. (*Con sencillez.*) ¿Y cómo no?
Él con paternal esmero
de mi existencia cuidó,
¡como cuida el jardinero
del tallo que trasplantó!
Y si el tallo, á quien le cuida
paga, dándole sus flores,
yo, ménos agradecida,
hoy le oculto mis amores,
que son flores de mi vida.

LUIS. (*Con disgusto.*)
Secreto tan inocente
no debe turbar tu calma...

LEONOR. ¿Y si cuanto mi alma siente
él adivina en mi alma,
aunque yo ocultarlo intente?...

LUIS. ¡Qué importa!... Nunca debia
tal temor causarte enojos!...
De ese modo no veria
brotar el llanto en tus ojos
ni al mirarlo sufriria!

LEONOR. ¡Sufrir!... Y ¿por qué, Dios mio!...
yo no entiendo? ..

LUIS. (*Contrariado.*) Los desvelos
que recuerdas de tu tio,
á mi corazon dan celos...

LEONOR. (*Sorprendida.*)

¡Celos de él! ¡Qué desvarío!...
LUIS. (*Con vehemencia.*)
¡Celos de cuanto tú miras!
¡Celos de cuanto te vé!...
¡Celos del suelo en que giras,
porque le toca tu pié,
y del aire que respiras!...
LEONOR. (*Retrocediendo asustada.*)
¡Ah!... ¡Luis!
LUIS. (*Con agitacion.*) Para hallar la calma
en mi ciega idolatría,
verte mi razon ansía
mia, de cuerpo y de alma,
en vida y en muerte, mia!...
LEONOR. ¡Calla, por Dios!... ¡Me das miedo!...
LUIS. (*Dominando su agitacion.*)
¡Miedo!... ¿Qué dices, Leonor?...
Yo te juro por mi honor,
que amarte ménos no puedo,
si amar ménos es mejor...
Pero... me temes...
LEONOR. (*Vacilando*) No tal...
LUIS. Perdóname... La pasion
con su grandeza ideal,
no cabe de la razon
en el cáuce natural...
Yo te prometo enmendarme...
dejemos ya los enojos...
ven, Leonor; y al escucharme
déjame ver en tu ojos
la luz que ha de iluminarme.....

(La conduce al banco donde ambos se sientan. Don Luis queda á la izquierda de Leonor, y vuelve la espalda á los árboles que por aquel lado ocultan el banco.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, CALDERON.

(Calderon llega por la derecha cuando el diálogo lo indica: los actores harán resonar cuando lo crean oportuno los aplausos de que se hace mencion.)

LUIS (*Con acento apasionado.*)
¡Cómo á tus rubios cabellos
les presta nuevos hechizos
esa luna, que en tus rizos
va cobrando sus destellos!
¡Cuál brillan tus ojos bellos
en esta sombra tranquila!...
En tu esmaltada pupila
del cielo están los colores,
y en tu boca de las flores
la esencia que miel destila!...

LEONOR. ¡Lisonjero!...

LUIS. ¿Por ventura,
no es cierto que es un tesoro
esa corona de oro
que cubre tu frente pura?...
¡Lisonjero el que asegura
que la luz que hay en tus ojos

al mismo sol diera enojos
con su brillante fulgor,
y que tu boca, Leonor,
causa á las flores sonrojos!...
¡No!... ¡La lisonja es mentira,
y no miente el corazon
cuando tiembla de emocion
y entre lágrimas suspira!
¡No miente cuando se inspira
en ese anhelo divino,
que cual ley de su destino,
siente el corazon del hombre,
como una dicha sin nombre
que lo alienta en su camino!...
(*Con vehemencia.*)
¡Te amo, Leonor! ¡Y al amar,
un cielo siento en mi alma,
que se engrandece en su calma
como en la borrasca el mar!...
¡Te amo! ¡Y por eternizar
estas horas de amor llenas,
en que sin luchas ni penas
tan dulce ilusion se agota,
diera hasta la última gota
de la sangre de mis venas!

LEONOR. (*Muy conmovida.*)
¡Oh! Tus palabras oyendo,
el llanto baña mis ojos...

CALDERON. ¡Por mi vida!... Me da enojos
que interrumpan aplaudiendo!...
De aduladores huyendo...

(*Bajando al proscenio por entre los árboles y deteniéndose al oir á Don Luis.*)

LUIS. ¡Me amas, pues, bella Leonor!

CALDERON. ¡Oh! ¡Qué es esto!... Ese rumor
que el viento trajo á mi oido,
me parece conocido...

LEONOR. ¡Pues dudas tú de mi amor!...

CALDERON. (*Con vivísimo asombro y aproximándose á los árboles que le ocultan el banco.*)
¡Esa voz!... ¡No puede ser!

LUIS. ¡Dudar has dicho!... No duda
el que en su lealtad se escuda...

CALDERON. ¡Oh!... Yo necesito ver...

LUIS. Dudas no puede tener
quien ama con alma y vida,
pues si la mujer querida
pudiese hacer que dudara,
por no dudar, la matara,
como ingrata y fementida!...

ESCENA IV.

LOS MISMOS, MARIA.

(María llega por la izquierda: Leonor y D. Luis se levantan y se aproximan á ella: Calderon observa con interés, sin poder ver el rostro de D. Luis que siempre á la izquierda de Leonor, vuelve la espalda á los árboles donde Calderon se oculta.)

MARIA. El primer acto del drama
termina en este momento...

(*A D. Luis.*)
Dios le guarde!

LUIS. ¡A tí tambien!...

LEONOR. ¿Ya acabó?...

MARIA. ¿No has oido el eco
de los aplausos?... ¡Vibraban
como si rodase un trueno!...

LEONOR. Nada oí...

MARIA. (Se volvió sordo
el amor, á más de ciego...)
A cada instante el Retiro
temblaba...

CALDERON. ¡Yo sí que tiemblo,
de pensar que á mi Leonor
en tales manos he puesto!...

MARIA. Si como en el primer acto,
en el segundo y tercero
aplauden, nuestro señor
volverá á casa contento...

LUIS. ¡Cuál se interesa María!...

MARIA. Ya se vé que me intereso...
La que vive con poetas
sabe de achaques, de éxitos...
si malos... ¡Vírgen del Cármen!
¡Más vale callar!... Si buenos,
todo cambia: nada niega
el autor, si está contento!

LUIS. (Tiene razon, y se debe
aprovechar el momento.)
(*Hablando bajo á Leonor.*)

MARIA. Yo, desde aquel bosquecillo,

(*Señalando á la izquierda.*)
estaba la córte viendo;
las nobles y bellas damas,
los amables caballeros,
que con muy gentil talante
iban juntos departiendo;
y el rey... (Pero no me escuchan!)
¡Vámonos, Leonor!

LUIS. Te ruego
que esperes un sólo instante...

MARIA. (*Afectando resignacion.*)
¡Bien!

CALDERON. ¡Al galan no le veo!
Me lo ocultan estas ramas,
pero conozco su acento...
Dejaré que ella se aleje,
y entónces veré al mancebo;
duéleme que la vergüenza
extienda su rojo velo
en la frente de esa niña,
á quien con el alma quiero!...
¡Tan inocente, tan pura,
y ya me oculta un secreto!...
Pero en asuntos del alma
suele agradar el misterio...
¡No la culpo! Si el doncel,
es, cual galan, caballero,
será su esposo.

MARIA. ¡Leonor!
vamos, niña!

LEONOR. ¡En el momento!

(Bajo á Luis.)
¡Adios, Luis, que no me olvides!

LUIS. *(Id. á Leonor.)*
¡Ah, Leonor! Pedirme eso,
es como pedir al sol
que no abandone los cielos!

MARIA. ¡Vamos!

LUIS. *(A Leonor.)* Te acompañaré.

MARÍA. No, señor, que pueden vernos.

LUIS. Ya que la dueña se opone,
te veré alejarte, al ménos.
(Sube con Leonor hasta el foro, queda allí algunos instantes y vuelve al proscenio.)

ESCENA V.

CALDERON, DON LUIS.

(Calderon sale al centro de la escena y muestra viva sorpresa al reconocer á D. Luis.)

CALDERON. ¡Don Luis de Haro!... ¡Don Luis el que decia
amores á Leonor! ¡Por Dios, que nunca
pude yo sospechar tal osadía!
Aunque en nada repara,
no temí que llegase en vano alarde
hasta una niña á quien mi honor ampara.
Mas... remedio pondré.
(Adelantando con naturalidad hácia Don Luis.)
¡Que el cielo os guarde!

LUIS. (*Dominando su sorpresa.*)
¡Ah!... ¡Don Pedro! ¡Bendigo mi fortuna,
que me permite hallaros!... Yo creia
que gozando del triunfo merecido
que obtiene vuestro drama, el entusiasmo
ni un instante de tregua os dejaria.

CALDERON. ¡Gracias, don Luis: me siento confundido
ante el aplauso ardiente
que debo á la amistad, y conmovido
busqué esta soledad indiferente!

LUIS. ¡Indiferente, no! Que hasta el murmullo
de esas hojas repite con el viento
el homenaje que con patrio orgullo
tributamos gozozos al talento.

CALDERON. ¿Con orgullo? ¿Y por qué?

LUIS. Porque esa gloria
nos pertenece á todos: es un triunfo
que guardará en sus páginas la historia.

CALDERON. Triunfar con la palabra, hacer que inspire
orgullo á un pueblo un nombre...
os engañais, don Luis; prendas son esas
que no consigue el hombre
aunque abrace con fe grandes empresas.
La gloria es la corona venerada
que ofrece ante un sepulcro,
sin pasiones ni engaños,
la pública opinion, ya depurada
en el crisol ardiente de los años;
pero sobre la vida,
sobre este frágil pedestal movible,
formado de miserias y dolores,

es quererla afianzar tan imposible
como bajeles fabricar con flores!
Mas... dejaremos esto, si os agrada,
y hablaremos de vos... ¿Cómo es que en esta
soledad os encuentro?... ¿A las hermosas
dejais que son la vida de la fiesta?...

LUIS. Prefiero las estrellas á las rosas...

CALDERON. ¿Desde cuando, don Luis?...

LUIS. Desde que el alma
empapada en un nuevo sentimiento
busca la soledad, busca la calma
para dar expansion al pensamiento...

CALDERON. Segun eso, turbé con mi presencia...

LUIS. (*Con viveza.*)
¡No, por Dios, Calderon!... Más bien aliento
ella dió y esperanza á mi impaciencia...

CALDERON. (*Con intencion.*)
¿Dudábais esperando, amigo mio?...

LUIS. ¡Cuando si espera, el corazon no duda!

CALDERON. Cuando tiene una base la esperanza
de justicia y verdad. El desvarío
nunca á la realidad llegar alcanza...

LUIS. Aún así, Calderon: aún pretendiendo
lo real en lo posible como sombra,
la duda á la esperanza vá siguiendo...
pero vais á juzgar...

CALDERON. (*Con viveza.*) Será un secreto...

LUIS. Sois mi amigo querido y venerado...

CALDERON. Oh, nó! D. Luis, callad!... fuera indiscreto.

LUIS. Estará entre los dos mejor guardado,
pues ya sabeis que os amo y os respeto.

CALDERON. (*Inclinándose para darle gracias.*)
Me esperan...
LUIS. (*Deteniéndolo con un movimiento.*)
Perdonad... si me dirijo
de esta manera á vos, es que yo quiero
más bien hablaros como al padre el hijo
que como el caballero al caballero.
CALDERON. (*Haciendo un ademan de resignacion y señalando á D. Luis el banco, que ambos ocupan.*)
Sed breve...
LUIS. Lo seré: sabed que amo
á una niña tan pura y tan hermosa,
que es trasunto de un ángel; y tan buena,
que en su frente reposa
de la santa virtud la luz serena.
CALDERON. (*Con impaciencia y disgusto.*)
¿Y como amigo anciano
me pedís un consejo?
LUIS. ¡No; su mano!
CALDERON. ¡Su mano!
LUIS. (*Levantándose con solemnidad.*)
La que anhelo
llamar mi esposa ante la faz del mundo,
mi ángel glorioso ante la faz del cielo,
es Leonor de Riaño... sin demora...
CALDERON. (*Interrumpiendo á don Luis con tristeza.*)
Sentaos, don Luis y oidme con calma:
¡Hay veces, como ahora,
que está pendiente del acento el alma!
LUIS. Pero ántes...
CALDERON. ¡Antes, escuchadme, os digo!

(*Don Luis toma asiento de nuevo: Calderon mostrándose muy conmovido.*)
Vuestro padre, que Dios tenga en su gloria,
era en el mundo mi mejor amigo.
(*Don Luis hace una señal de asentimiento.*)
¡Pues os ruego, don Luis, por su memoria,
que olvideis á Leonor!...

LUIS. (*Levantándose con ímpetu.*)
¡Que yo la olvide!...
¿Y cuál es la razon?

CALDERON. (*Poniéndose de pié.*) ¡Es vuestro padre,
no soy yo, don Luis, quien os lo pide!

LUIS. (*Con vehemencia.*)
Pues á mi padre, á vos, al mundo entero,
peticion tan absurda negaria...
la razon... el motivo saber quiero...

CALDERON. (*Con firmeza.*)
Mi voluntad...

LUIS. ¡Es poco!...

CALDERON. (*Con intencion.*) Yo creia
muy fácil el olvido en los amores,
cuando hay quien los renueva cada dia,
cual la planta sus flores...

LUIS. (*Con energía.*)
¡No, Calderon! Renuévase el empeño,
la ilusion, el anhelo de un instante;
pero este amor de los sentidos dueño,
este amor que domina como un sueño,
se fija sobre bases de diamante...
si una vez en la vida
lo siente el corazon, jamás se olvida...

CALDERON. ¡Es forzoso, don Luis!
LUIS. *(Con violencia.)* ¡Jamás, he dicho!
si quereis, empeñemos la partida,
y luche con mi amor vuestro capricho!
CALDERON. Yo no lucho don Luis; amo y perdono
en nombre de esta cruz...
(Señalando á la de Santiago que sobre el hábito sacerdotal llevará al pecho.)
LUIS. *(Con acento suplicante.)* ¡Por ella os pido
que me deis á Leonor! De las quimeras
de mi vida pasada,
sólo huyen ante mí sombras lijeras,
que pasan y se pierden en la nada...
Dejad que el porvenir llene el vacío
de una existencia para el bien perdida...
Dadme á Leonor, y entónces... yo confio...
CALDERON. ¡Imposible, don Luis!
LUIS. *(Con ira y altivez.)* ¡Pues por mi vida,
que yo la tomaré! ¡Yo os desafío!
CALDERON. *(Con calma y dignidad.)*
Y yo os perdono el insensato alarde
que acabais de lanzar. ¡Que Dios os guarde!
(Vase por la derecha.)

ESCENA VI.

DON LUIS.

(Hace un movimiento para seguir á Calderon, se detiene y recorre con impaciencia la escena.)

¡Se vá! ¡Se vá sin decirme
por qué me niega su mano!...

¡Vive Dios! que tal ofensa
no la sufre bien un Haro!
guárdese el viejo poeta
de oponerse ante mi paso;
que mi honor en esta lucha
con mi vida vá empeñado,
y ántes que ceder, le juro
que todo sabré intentarlo!
(*Queda unos instantes pensativo.*)
Pero, ¿por qué me rechaza
para Leonor de Riaño?
Mis pasadas aventuras,
habrán podido asustarlo?
¡Tal temor, por Dios, seria
tan necio como insensato!...
De mi libertad el cetro
he roto al pedir su mano,
y cual la niebla ante el sol,
se deshace mi pasado
ante esa niña inocente,
ante su amor puro y casto!...
Ya no es el amor juguete
que entretiene mi cansancio:
es cadena que me liga:
¡es ley que me torna esclavo!...
Basta de gastar la vida
tras de sueños insensatos...
¡Basta de torpes placeres
y de recuerdos amargos!...
Tengo sed de ese amor puro,
que nunca gustó mi labio;

sed de ternuras sublimes
y de pensamientos santos...
Y cuando toco en el puerto
que me salva del naufragio,
¿habré de retroceder
para volver á arrostrarlo?
¡No será, por vida mia!
¡Ceda Calderon de grado
ó por fuerza!... ¡Que no cede
aquel que se llama Haro!

ESCENA VII.

DON LUIS, FELIPE IV.

(Don Luis se envuelve en su capa, y sube al foro diciendo los dos primeros versos que siguen.)

LUIS. ¡Por Dios!... Que si el mismo cielo
á mi pasion se opusiera...

REY. *(Llega por el foro: sin conocer á Don Luis se detiene al verle.)*
¡Bravo! ¡Aquí un galan espera!
¡Será una cita!...

LUIS. *(Descubriéndose y aproximándose al Rey.)*
¡Señor!...

REY. ¡Ah, Don Luis! ¿Cómo tan solo
te encuentro en esta enramada?
(Baja al proscenio: Don Luis le sigue: el Rey le mira fijamente, como si le extrañase su aspecto.)

Mas .. ¿Qué tienes? ¡Trastornada
muestras la faz!...

LUIS. En rigor,
si copiar la faz pudiera
lo que siente el alma mia,
vuestra majestad veria
todo un infierno en mi sér ..

REY. ¡Por Dios, que no te comprendo!
¡Hace una hora que á mi lado,
galante y apasionado,
rebosaba en tí el placer!...

LUIS. ¡Es, señor, que en una hora
nuestra vida se decide!...
Ella es el compás que mide
esa distancia ideal
que hay de la verdad al sueño,
del dolor á la ventura,
de la sombra á la luz pura,
de lo bueno á lo fatal!

REY. ¿Y en esa hora que ha pasado,
tu vida se ha decidido?

LUIS. ¡Puede ser!

REY. ¿Y tú has sufrido?

LUIS. ¡Cuanto se puede sufrir!

REY. ¿Sabes que estás misterioso?
¿Y qué fué?

LUIS. ¡Señor!...

REY. Dudando
me empeñas, y te lo mando.

LUIS. (*Con resolucion.*)
¡Todo os lo voy á decir!

REY. (*Dirigiéndose al banco y tomando asiento; don Luis queda de pié á su lado en actitud respetuosa.*
Está bien.
LUIS. Ante os pido
perdon, porque os ocultaba
un suceso, que encerraba
mi más querida ilusion.
REY. Te perdono...
LUIS. Yo escondia
cual su tesoro el avaro,
este secrèto tan caro
como dulce al corazon.
RÈY. Sepámosle.
LUIS. Há poco tiempo
que, por azar ó destino,
se interpuso en mi camino
una niña, una mujer
bella, cual del alma vírgen
el primer sueño de amores,
pura, cual lo son las flores
sus ojas al desprender.
REY. ¿La amaste?
LUIS. (*Conmovido.*) ¡Con tal locura,
con tan ciego desvarío,
que en el pensamiento mio
su nombre quise ocultar!
REY. ¿Y ella?
LUIS. Su amor, cual reflejo
del cielo llegó á mi alma;
por primera vez en calma

là dicha llegué á esperar.

REY. (*Riendo.*)
¡Bien, por Dios! Te ha convertido.
Más vale tarde... Prosigue.

LUIS. Poco y triste es lo que sigue:
¡Su mano llegué á pedir,
y se me niega!

REY. (*Sorprendido.*) ¡Qué dices!
¿Pues quién es la que tú amas?
Entre las más altas damas
bien pudieras elegir.

LUIS. Gracias, señor; hay en ello
no sé qué misterio extraño.

REY. ¿Quién es?

LUIS. Leonor de Riaño,
sobrina de Calderon.

REY. No la conozco.

LUIS. Se oculta
como en la concha la perla
en su hogar...

REY. Pues quiero verla
para darte mi opinion...
más... volvamos á su tio...
¿se niega á tu casamiento?

LUIS. Me lo ha dicho hace un momento.

REY. ¿Por qué?

LUIS. No dijo por qué...

REY. No me explico... No hay motivo...
Don Pedro no es tan severo...
sabe estimarte, y yo espero...

LUIS. ¡Oh!... si hasta le supliqué...

REY. (*Pensativo; despues con ligereza.*)
Debe ser... ¡vamos!... ¡No hay duda!...
LUIS. ¡Señor! ..
REY. (*Riendo.*) Con tu mala fama,
¿cómo al pedir á una dama
no ha de dudar el tutor?
LUIS. Es que yo...
REY. (*Interrumpiéndole alegremente.*)
¡Para marido
eres sobrado galante!...
sólo sirves para amante;
eso es más fácil...
LUIS. ¡Señor!
Un Haro no mintió nunca;
mas yo probaré...
REY. (*Con seriedad.*) Es en vano.
¡El rey pedirá su mano
á Calderon para tí!...
LUIS. (*Con alegre sorpresa.*)
¡Ah señor! ¡Me dais la vida!
¡El temor ya no me inquieta!
REY. ¡Yo supongo que el poeta
esta vez dirá que sí!...
LUIS. ¡Oh! ¡qué ante el régio mandato
no hay quien se oponga atrevido!
Don Pedro al verse vencido,
tendrá que capitular.
REY. ¡Y al abatir su bandera
verá que, en cuestion de amores
son sin duda los mejores
los que llevan al alt

LUIS. Voy á deberos la dicha...

REY. (*Levantándose y apoyándose familiarmente en el brazo de don Luis.*)
cuentas con mi real promesa;
y ahora, vamos... Me interesa
ver proseguir la funcion
(*Subiendo hácia el foro.*)
Muéstrame entre las hermosas
la que tanto te fascina...

LUIS. A Leonor?...

REY. ¡A la sobrina
de Don Pedro Calderon!
(*Se alejan y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Calderon, modestamente amueblada. A la derecha la puerta del gabinete de Leonor; á la izquierda un balcon. Empieza á caer la tarde, y en las últimas escenas se hace noche.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, MARÍA.

(María coloca un sitial junto á una mesa, ordena en ésta unos libros, y se aproxima á Leonor, que borda sentada junto al balcon.)

MARÏA. (*Mirándola con ternura.*)
¡Aunque lo quieras negar,
estás triste!...
LEONOR. ¡Qué manía!
MARIA. ¡Si yo adivino, hija mia,
lo que intentas ocultar!...
(*Tomando asiento.*)
Si yo lo sé...
LEONOR. Tú te empeñas,
y no hay medio...
MARÏA. ¡Es que lo veo!...
LEONOR. ¿Que lo ves?
MARIA. ¡Sí!
LEONOR. (*Impaciente.*) ¡Pues yo creo

que no lo ves, que lo sueñas!...

MARIA. (*Con pena.*)
No tienes confianza en mí,
y esto me causa dolor...
¡tú no me quieres, Leonor!...

LEONOR. (¡Siempre acabamos así!)

MARIA. ¡Y por qué me has de querer?
¡Qué soy yo tuyo?

LEONOR. ¡María,
eso ya es una manía!

MARIA. (*Con ternura y humildad.*)
¡Es que lo quiero saber!...
Dímelo, aunque no te cuadre
ni mi ruego ni mi llanto...
¡Dime si me quieres tanto
como si fuese tu madre!...

LEONOR. (*Muy conmovida, dejando el bordado y asiendo con anhelo las manos de María.*)
¡Oh!... ¡Mi madre!... ¡Madre mia!
¡Nunca me han hablado de ella!...
¿Era jóven, era bella?
¡Dímelo todo, María!...

MARIA. (*Confusa.*)
Yo... no sé... sin duda alguna...

LEONOR. Vacilas...

MARIA. Yo...

LEONOR. ¡Bien lo veo!

MARIA. ¡Te engañas!...

LEONOR. ¡Oh, no lo creo!...
¡Hay en torno de mi cuna
como un misterio sombrío

que yo esclarecer no puedo!

MARIA. No, Leonor...

LEONOR. ¡Yo siento miedo
de mirar ese vacío!...

MARIA. Te ofuscas... (¡Estoy temblando!)

LEONOR. ¿Qué es lo que sé de mi padre?
¡que murió!.., Tambien mi madre...
pero ¿dónde? ¿cómo? ¿cuándo?...
yo no lo sé...

MARIA. ¡Sí lo sabes!...
Tu padre... en Flandes murió...
En cuanto á tu madre... yo...
no sé...

LEONOR. (*Con anhelo.*) Te ruego que acabes...

MARIA. Dónde murió... ya te digo
que no sé... no lo recuerdo...

LEONOR. (*Con desaliento.*)
¿Lo vez?... ¡La esperanza pierdo!...

MARIA. (¡Oh Dios!... ¡Qué horrible castigo!...)
Dejemos esto...

LEONOR. ¡No tal!
Si no recuerdas, María,
será que á la madre mia
nunca la viste...

MARIA. (*Con viveza.*) ¡Cabal!
No la ví nunca y así,
no puedo... recien nacida
te me entregaron... la vida
yo con mi sangre te dí;
y tú no recuerdas...

LEONOR. ¡Yo

no olvido cuán buena eres
para mí!...

MARIA. (*Con afan.*) ¿Pero me quieres
como á tu madre?

LEONOR. (*Con firmeza.*) ¡Eso no!...

MARIA. (*Con espanto.*)
¡Ah!... (¡Dios mio!)

LEONOR. ¡Yo te quiero
de la amistad con la calma!...

MARIA. ¿Y á tu madre?...

LEONOR. (*Con vehemencia.*) ¡Con el alma,
con el corazon entero!...
Yo sueño con su memoria,
pienso que á mi lado está,
¡y es que el pensamiento vá
á buscarla entre su gloria!...

MARIA. (No puedo más!) Por favor...

LEONOR. (*Mirándola con extrañeza.*)
¿Lloras? Perdóname, pues;
¡pero bien extraño es
que esto te cause dolor!...

MARIA. Por tí... ya lo vez... (¡Dios mio,
dadme valor!) Más volviendo
á lo que te iba diciendo...
Desde que salió tu tio
estás triste... aunque lo guarde,
sé el motivo...

LEONOR. Dilo...

MARIA. Espero
acertar... De un caballero
á quien no has visto esta tarde

se trata...
LEONOR. ¡Tienes razon!...
me preocupa su tardanza...
MARIA. No pierdas aún la esperanza...
Voy á abrir este balcon *(Le abre.)*
á ver si en la calle está...
tras las rejas del jardin
suele verse...
LEONOR. *(Levantándose y mirando por el balcon.)*
¡Nada!
MARIA. En fin,
si tarda, no faltará
despues... véte á coger flores
y no estés triste hija mia!
LEONOR. Iré, ¡mi buena María!
MARIA. *(Deteniéndola y arreglando con cariño sus cabellos.)*
La impaciencia en los amores
es tan mala consejera,
que pudiera darte enojos,
y acaso en tus lindos ojos
don Luis tus enojos viera...
LEONOR. *(Con sencillez.)*
¡Oh, no!... Me inspira un temor
su carácter, su vehemencia,
que temblando en su presencia,
no sé quejarme...
MARIA. ¡Leonor!...
¡No se teme á quien se ama!...
LEONOR. ¡Oh, sí!... ¡Le temo, María!...
MARIA. *(Besándola.)*

¡Tímida paloma mia!...
¡Amor tu temor se llama!...
(Vase Leonor por el foro; queda contemplándola con cariño hasta que desaparece.)

ESCENA II.

MARIA.

(Con pena y ternura.)

¡No me quiere!... ¡Ella lo ha dicho!...
¡No me quiere!... ¡Si supiera!...
¡Imposible! ¡Oh, Dios!... ¡Mi falta
lleva en sí misma la pena!
Mas... ¿qué me importa de mí,
si al cabo consigo verla
respetada, gran señora,
noble, feliz y opulenta?...
¡Qué importa lo que yo sufro,
si sufriéndolo por ella
todo es poco, y no la vida,
¡el alma gustosa diera!...
(Mirando por el balcon.)
¡Allí está!... ¡Dios la bendiga!...
¡Las flores son ménos bellas
que tú, luz del alma mia!...
¡Hija adorada! *(Asustada.)* ¿Quién llega?

ESCENA III.

CALDERON, MARIA.

(Calderon entra por el foro: deja el sombrero, y con aspecto sério y disgustado baja al proscenio.

MARIA. ¿Erais vos, señor?... No oí...
CALDERON. (*Con sequedad y sin prestarle atencion.*)
A Leonor, dí que la espero;
que venga al instante aquí.
MARIA. Bajó al jardin... (Muy severo
parece... ¿Sabrá?. .)
CALDERON. (*Con impaciencia.*) ¿Qué esperas?
MARÍA. (*Confusa.*)
Yo... ver si el señor mandaba...
CALDERON. ¡Nada más!
MARÍA. (¡No me engañaba!
está furioso de veras!..) (*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

CALDERON.

(Se pasea con agitacion.)

¡Es preciso!... Por más que el alma mia
se llene de pesar... ¡irá al convento!...
Mi hogar se quedará sin su presencia
cual sin la luz del sol queda el desierto,
que en él su dulce juventud brillaba

como la luna sobre el mar sereno.
Cansado ya, con débiles pisadas
la vida sigo, y con temor desciendo
de esa cumbre tan bella que se sube
con alas de esperanzas y deseos,
para bajar con báculo de penas
agobiados, á más, por los recuerdos!...
Como en la nieve el sol, su alegre risa
reflejaba en mi triste pensamiento,
¡y yo guardaba su cariño puro
como guarda una flor el prisionero!...
¡Hice mal!... castigando mi egoismo,
arroja Dios al hijo de don Diego
en su camino, y deshacer me manda
el tierno lazo que formó mi afecto!...
¡Hice mal, que Leonor lleva en su frente
de la fatalidad el triste sello,
y si ha de redimir agenas culpas,
su vida pasar debe en el convento!...
(Ocupa el sitial y queda pensativo.)

ESCENA V.

CALDERON, LEONOR.

(Leonor llega por el foro con unas flores en la mano.)

LEONOR. Me llamábais, ¿no es cierto?...
CALDERON. Sí, hija mia.
(Señala á Leonor un asiento, que ésta ocupa; se levanta, cierra la puerta del foro y vuelve al sitial.)

Tengo que hablarte de un asunto grave
que ha de turbar, acaso, tu alegría,
pues á tu edad el corazon no sabe
cuál es la senda que á su bien le guia;
y tú, que aquí has vivido como el ave
entre las flores de la selva amena,
este recinto dejarás con pena...

Leonor. Yo dejarlo!... Y por qué? (Temblando estoy!...
¿Sabrá que amo á don Luis?...)

Calderon. Niña querida,
si mi resolucion callé hasta hoy,
há tiempo que la tengo decidida:
tu suerte para siempre á fijar voy,
que en los últimos años de mi vida
quiero mirar tu porvenir seguro
bajo la sombra de un recinto puro...

Leonor. (Dios mio! Qué será?... Qué terror siento!)

Calderon. (*Conmovido.*)
Tu padre, al encargarte á mi tutela
así me demostró su pensamiento:
—De mi Leonor por la ventura vela;
y si ha de ser feliz, vaya á un convento,
que el hálito del mundo el alma hiela!

Leonor. (*Muy asustada.*)
Y vos quereis, quizá...

Calderon. ¡Tu dicha quiero,
y que la encuentres en el claustro espero!

Leonor. (*Muy agitada.*)
¡Os engañais, señor!...

Calderon. Oye, hija mia:
Presta el amor de Dios al alma pura

raudales de esperanza y alegría,
de fe, de caridad y de ternura...

LEONOR. Yo amo á Dios, tengo fe, mas mentiria,
si aceptase gustosa la clausura...
escuchadme, señor, y yo confio...

CALDERON. ¡Es inútil, Leonor! óyeme...

LEONOR. (*Arrodillándose y llorando.*) ¡Tio!...

CALDERON. (*Poniéndose de pié y levantando á Leonor.*)
Escúchame, Leonor: cuando yo muera,
quedarás en el mundo abandonada;
y cual la pobre flor que en la pradera
por los rayos del sol es agostada,
de tu vida en la dulce primavera
tu alma pura, sencilla y delicada,
perderá de esas galas la aureola,
que la mujer vacila, si está sóla...

LEONOR. ¡Oh!

CALDERON. ¡Déjame acabar! En el convento
bajo la sombra de los santos muros,
donde bañado en luz el pensamiento
no inspira más que sentimientos puros,
allí serás feliz, y yo, contento
al ver tus dias deslizar seguros
en la santa quietud de aquel asilo,
¡lleno de gozo moriré tranquilo!...

ESCENA VI.

LOS MISMOS, MARIA.

MARIA. (*Llamando con fuerza á la puerta del foro.*)
¡Señor!... ¡señor!...

(*Calderon abre; María entra muy agitada.*)
A la puerta
llegan varios caballeros;
y aunque recata el semblante
uno que viene entre ellos,
yo, en la voz, en los modales
he podido conocerlo,
¡y es el Rey!...

CALDERON. (*Sorprendido.*) ¡Te has vuelto loca!...
¿El Rey aquí?

MARÏA. ¡Por lo ménos
me ha parecido!...
(*Mirando por la puerta del foro.*)
¡Ya suben!...
¡vuestra merced puede verlo!

CALDERON. ¡Es imposible que el Rey!...
Vete, Leonor; ¡ya hablaremos!...

MARÌA. (*Aproximándose á Leonor.*)
¡Vamos!

CALDERON. (*Deteniéndola y señalándola la puerta del foro.*)
¡No... tú por allí!
¡Tú, Leonor, á tu aposento!...
(*Leonor se inclina y vase por la izquierda.*)

MARIA. No quiere que yo la hable;
y ella está triste... ¿Qué es esto?...

CALDERON. ¡Pronto! que se oyen los pasos...
¡Tanto honor, casi no creo!...
(*María vase por el foro.*)

ESCENA VII.

CALDERON, EL REY.

(El Rey aparece en la puerta del foro seguido de algunos caballeros, entre los cuales se vé á don Luis de Haro: al ver á Calderon, les hace una señal para que se retiren y entra solo.)

CALDERON. (*Inclinándose ante el rey muy conmovido.*)
Pisando mi humilde casa
tanto me honrais, que me inquieta
si esta choza de poeta
de galas se encuentra escasa...

REY. (*Tendiendo su mano á Calderon, que la besa.*)
Nunca pobre es, en verdad,
la morada que os anida...

CALDERON. (*Ofreciendo el sitial al Rey.*)
¡Señor: mi casa y mi vida
son de vuestra majestad!

REY. (*Tomando asiento.*)
¡Ya lo sé! Y en mucho aprecio
lo que ofrece vuestro labio...
vale más choza de sabio
que no palacio de necio...
(*Calderon se inclina.*)
¡Del genio las huellas fieles
vais siguiendo, y yo no ignoro
que, si mi cetro es de oro
es el vuestro de laureles!...
Si hay alguna diferencia,

toda está en vuestro favor;
pues, si reinar es honor,
¡saber es omnipotencia!...
Soberano del talento,
como una ley que está escrita
en la conciencia, y agita
el mundo del sentimiento,
vivirán vuestras creaciones
más durables que las leyes,
á que dan vida los reyes
y que cambian las naciones.

CALDERON. ¡Señor, conmovido estoy;
porque vuestra real palabra,
una corona me labra
muy grande para quien soy!...
Átomo de un ideal
que hace al genio su estandarte,
yo vivo cantando al arte,
y él vive al calor real;
pues la ciencia, la poesía,
el valor y el sentimiento,
marchan con seguro aliento
cuando el monarca les guia...

REY. La historia, quiera la suerte
que cuentas no me demande...

CALDERON. ¡Oh, que el que en vida fué GRANDE,
será inmortal en la muerte!...

REY. ¡Dios, en su bondad divina,
muestre á mis actos agrado!
Y ahora, escuchad: he buscado
esposo á vuestra sobrina...

CALDERON. (*Sorprendido.*)
¡Señor!...
REY. Es un caballero:
limpia estirpe y nombre claro;
es, en fin, don Luis de Haro,
y que le admitais espero.
CALDERON. ¡Ah!...
REY. (¡Se sorprende y vacila!)
CALDERON. Mucho agradezco, señor,
el inmerecido honor
que le haceis á mi pupila;
mas, aunque al decirlo siento
pecar, tal vez, de atrevido,
yo tengo ya decidido
que Leonor vaya á un convento.
REY. Cambiareis tal decision...
CALDERON. Ella es, señor, inmutable.
REY. (*Con altivez.*)
¡No, vive Dios, cuando hable
el Rey!...
CALDERON. (*Con firmeza.*) Os pido perdon,
si no muestro la obediencia
que al Rey se debe por ley...
¡ántes que el poder del Rey
va el deber de la conciencia!...
REY. ¡Decid, bajo vuestro honor,
lo que á obrar así os obliga!...
CALDERON. (*Con tristeza.*)
¡No me pidais que lo diga,
que es imposible, señor!...
REY. No debe á ciegas juzgar

el que de justo blasona...
si el respeto á la corona
es lo que os hace callar,
de Felipe cuarto el nombre
dad al olvido un instante:
este que teneis delante
y os escucha, es sólo un hombre:
su imparcialidad abono...

CALDERON. ¡Bien hayan tan altos hechos,
que dan fuerza á los derechos
en que se cimenta un trono!..
Creed que con vivo dolor
no cumplo lo que mandais...

REY. (*Levantándose con ímpetu.*)
¡Quiere decir que os negais?...

CALDERON. ¡Cumplo mi deber, señor!...

REY. ¡Donde va el poder del Rey,
la duda salta en pedazos!...

CALDERON. No siempre; que existen lazos
tan fuertes como la ley...

REY. (*Con vehemencia.*)
¿Sabeis que puede mi mano
á un rebelde abrir la boca? ..

CALDERON. (*Con tranquila dignidad.*)
¡Cerrarla más bien le toca
al poder de un soberano!...
¡Podeis hacerme morir,
podeis mi lengua cortar,
mas no me hareis revelar
lo que no deba decir!

REY. ¡Basta!... ¡Yo doy de Leonor

la mano á don Luis de Haro!...
CALDERON. ¡Yo se la niego, al amparo
de mi conciencia y mi honor!...
REY. (*Con vivo enojo.*)
¡Vive Dios! ¡tal osadía
un vasallo me demuestra!...
CALDERON. (*Con gran energía.*)
Mi vida, señor, es vuestra;
¡pero mi conciencia es mia!...
REY. Si no fuéseis Calderon,
si no viera en vuestra frente
brillar el genio esplendente
que es gloria de mi Nacion,
os juro, como lo siento,
que sólo vivo estuviérais
el tiempo aquel en que viérais
celebrarse el casamiento...
CALDERON. Me cuesta un vivo dolor
aquesta desobediencia,
mas... lo manda mi conciencia...
REY. ¡Basta!... ¡Qué venga Leonor!...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, LEONOR, DON LUIS.

(El Rey ocupa de nuevo el sitial. Calderon entra en el gabinete de Leonor y vuelve á la escena llevándola de la mano. Leonor parece muy conmovida.)

CALDERON. (¡Leonor tiene mi vida
pendiente de sus labios!)

(*A Leonor.*)
Su majestad permite
que beses su real mano...

REY. (*Mirando á Leonor con atencion.*)
Acércate, no temas...

LEONOR. (¡Oh, Dios!... ¡estoy temblando!...)
¡Señor...! (*Besa la mano al rey.*)

REY. (¡Hermosa jóven!...
¡buen gusto tiene Haro!)
(*Con galantería.*)
Cubre el rubor tu frente,
tus ojos nubla el llanto,
y tiemblan, cual las hojas
con el viento, tus labios...
¿Por qué miedo me tienes?...
la juventud yo amo,
que en ella de las gracias
se encuentra el santuario...

LEONOR. (*Con timidez.*)
Señor: no tengo miedo...
mas, ante honor tan alto,
si el labio queda mudo
el alma habla en el llanto...

REY. (¡Discreta és como hermosa!)
Con gusto te he escuchado,
que réplica oportuna
prueba talento claro...

LUIS. (*Entreabriendo una hoja de la puerta del balcon y volviendo á cerrarla con cuidado.*)
(¡No puede mi impaciencia
sufrir más largo plazo!...)

REY. Vengamos á otro asunto
que te será más grato:
cual huérfana que eres
dispongo de tu mano,
y la concedo á un jóven
tan noble cual bizarro...

LUIS. (*Volviendo á entreabrir el balcon.*)
(Con tiempo de escucharla
me place haber llegado!...)

LEONOR. ¡Señor! ..

REY. ¿Acaso dudas,
Leonor, en aceptarlo?...

CALDERON. (¡Inspírala, Dios mio! ..)

LEONOR. (¡Valor! ¡Todo ha acabado!...
(*Señalando á Calderon con la mirada.*)
¡Mi dicha por la suya!
¡Que Dios acepte el cambio!...)

REY. Contesta .. tu silencio
parece muy extraño...

LEONOR. Señor, temo ofenderos...

REY. ¿Por qué?...

LEONOR. Vuestro mandato
cumplir me es imposible...

REY. (*Con disgusto.*)
¿Qué dices?

LEONOR. En un claustro
pasar debo mi vida...

LUIS. (¡Sin duda estoy soñando!...
¿Leonor es la que habla?...)

REY. (*Levantándose con enojo.*)
¡Te engañas... Mis vasallos

me deben obediencia!...

CALDERON. Si un voto...

REY. ¡La he negado
mi vénia; fuera nulo!...

CALDERON. ¡Señor!...

REY. (*A Calderon, señalando á Leonor.*)
¡Y de sus actos
habreis de darme cuenta!...
(*Haciendo una señal de despedida.*)
¡El cielo os guarde á entrambos!
(*Vase por el foro: Calderon le sigue.*)

ESCENA IX.

LEONOR Y DON LUIS.

(Leonor los mira alejarse tristemente: se deja caer con desaliento en el sitial, y se cubre el rostro con las manos.—Don Luis sale á la escena y se aproxima violentamente á Leonor.)

LUIS. ¡Leonor!...

LEONOR. (*Levantándose asustada.*)
¿Cómo estais aquí?...
¿qué es lo que buscais?... ¡María!...

LUIS. (*Asiendo con violencia su mano.*)
¡Calma, Leonor, tu agonía!...
¡No llames!... ¡te busco á tí!...

LEONOR. ¡A mí!...

LUIS. ¿Te extraña, Leonor?...
(*Con ironía.*)
¿No es muy justo en el que ama

ir á buscar á su dama
para hablarla de su amor?...

LEONOR. Ved que yo...

LUIS. Voy á creer
que sientes que haya venido...
¿Es que ya diste al olvido
cuanto me juraste ayer?...

LEONOR. ¡Don Luis!...

LUIS. Prosigue... A fe mia,
tu silencio no me explico...
Habla, yo te lo suplico...

LEONOR. *(Dirigiéndose rápidamente á la puerta de la derecha, y con doloroso esfuerzo.)*
¡Adios!...

LUIS. *(Interponiéndose y reteniéndola.)*
¡Basta de ironía!...
Vine, señora, á saber
algo de esa farsa odiosa
con que os negais por esposa
á vuestro amante de ayer...

LEONOR. *(Con angustia.)*
¿Sabeis?...

LUIS. Con el Rey llegué;
en el jardin lo esperaba,
bajo ese balcon estaba
y vuestro acento escuché...
¡Siempre fué del corazon
imán una voz querida!
así una rama tendida,
y me encontré en el balcon...
Llegué á tiempo de escuchar

vuestra respuesta...

LEONOR. (¡Dios mio!)

LUIS. La verdad saber ansío,
y os la vine á preguntar...

LEONOR. Yo os ruego...

LUIS. Tengo derecho
á saber lo que motiva
esa extraña negativa
que mi esperanza ha deshecho...

LEONOR. ¡Por favor!...

LUIS. ¡Habla!

LEONOR. (¡Dios mio!)
Mañana sabreis...

LUIS. (*Imperiosamente.*) No! Ahora!...
¡La honra no admite demora!...

LEONOR. (¡Si sospecha de mi tio (*Con terror.*)
le matará!... ¡No!... ¡Jamás!...
¡No le he de pagar así
su amor!... ¡Qué se vengue en mí!...)
¡Don Luis!...

LUIS. Á explicarme vas
ese punzante desprecio
que aùn hace mi sangre arder;
pues era preciso ser
villano, cobarde y necio,
para aceptar sin quejarse
este ridículo ardiente
que lanzas sobre mi frente,
no acostumbrada á humillarse...

LEONOR. ¡Ridículo!... ¡No, por Dios!...
¡Yo no mentí!... ¡Mi destino

hoy me señala un camino
que me separa de vos!...

LUIS. ¿Cuál es?... (*Notando que Leonor vacila.*)
Yo no he de culparte;
¡te juro como lo siento
que mi alma en este momento
sólo anhela perdonarte!...
Dime cual es el camino
que el destino te señala...
Dímelo!... que nada iguala
á esta lucha... y no adivino...
(*Con vehemencia al ver que Leonor inclina tristemente la cabeza.*)
Callas!... ¿Me desprecias tanto
que ni disculparte quieres?...
Haces bien!... que las mujeres,
con unas gotas de llanto
nos pagan la honra y la vida
que ponemos á sus piés...
lo que tú haces, ¡eso es
lo que hace la más querida!...
(*Con arrebatadora expresion.*)
Yo te amé de esa manera
que es un reflejo de Dios;
soñé que para los dos
un alma tan sólo hubiera,
tan grande en ese dualismo
de un sentimiento profundo,
que entre nosotros y el mundo
ella formase un abismo...
Pensé con locos empeños

hacer, más bien que una historia,
con dos vidas una gloria
y una verdad con dos sueños...

LEONOR. (*Apoyándose desfallecida en el sitial y sin poder contener el llanto.*)
(Dios mio!... El valor me falta!...)

LUIS. (*Aproximándose sorprendido á Leonor y suavizando su acento.*)
¿Pero tú lloras, Leonor?...
¿Será llanto de dolor
el que tu mejilla esmalta?...
(*Separando dulcemente las manos de Leonor y reteniéndolas.*)
Vas á decírmelo todo,
¿no es verdad?... Voy á saber
por qué si me amaste ayer
hoy me hieres de ese modo...
(*Con acento apasionado.*)
Algo hay en tus dulces ojos ..
que tus sentimientos vende...
¿es que tu amor se defiende
con tus mentidos enojos?...

LEONOR. (*Haciendo un movimiento para ocultarse los ojos.*) Dios mio!...

LUIS. Quieres en vano
sus reflejos ocultar...
cabe el alma por azar
en el hueco de la mano?...
Tú me amas...

LEONOR. (*Muy agitada.*) Yo soy de Dios!...

LUIS. (*Con violencia.*)

¡Mientes, Leonor, eres mia,
y á Dios te disputaria
si se alzase entre los dos!...
¡Ya nada quiero saber...
sígueme... huyamos ahora,
que al brillar la nueva aurora
tu esposo te juro ser!...

LEONOR. (*Desprendiendo sus manos de las de Don Luis, que intenta arrastrarla hácia el balcon, y retrocediendo hácia la puerta de la derecha.*)
Don Luis! sin derecho alguno
tocais con el pensamiento
á mi honra, y yo no consiento
que dude de ella ninguno;
pues la que ha vivido honrada
y honrada piensa morir,
tiene derecho á exigir
ser de todos respetada!...
(*Entra por la puerta de la derecha, que se cierra con violencia ántes que Don Luis pueda oponerse.*)

ESCENA X.

DON LUIS Y MARÍA.

(Don Luis llama con fuerza á la puerta que cerró Leonor.)

LUIS. Y se va sin explicarme!...
Vive Dios!... ¡Me vas á oir,

aunque te pese!... Leonor!...
Leonor!... Escuchadme!... Abrid!...

MARIA. (*Con una lámpara encendida.*)
Alabado sea... (*Interrumpiéndose con vivísimo asombro.*) Jesús!!
Cómo entró aquí Don Luis!...

LUIS. (*Dirigiéndose hácia ella con ira.*)
Calla, dueña del demonio!
Abre esa puerta!...

MARIA. Qué oí!...
(Animas del purgatorio!...
Se habrá vuelto loco!...) ¿A mí
tratarme de esa manera?..

LUIS. Y qué me importa de tí!...
A quien busco es á Leonor!...
Llama... quiero entrar ahí!...

MARIA. (Quiere entrar!... Vírgen María!...
Pues no es nada!...) Don Luis,
lo que haceis no está bien hecho...
la comprometeis así;
y agua que uno ha de beber
no debe enturbiar...
(*Prestando atencion.*) ¿Qué oí!
suenan pasos!...

LUIS. (*Exasperado.*) Mil diablos!...
He de verla!...

MARIA. ¿Qué decís?...

LUIS. (*Llamando á la puerta de la derecha.*)
Leonor!... Leonor!...

MARIA. Está loco!...

LUIS. Leonor!...

MARÍA. (*Dirigiéndose con viveza á la puerta del foro.*)
Me llaman á mí!...
Es Don Pedro!... Vírgen Santa!...
qué va á suceder aquí!...
(*Muy asustada, asiendo de un brazo á Don Luis.*)
¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Que ya sube!...

LUIS. (*Con extrañeza.*)
¡Quién?...

MARÍA. ¡Mi señor!... ¿no le oís?...

LUIS. Qué me importa!...

MARÍA. ¡No le importa!...
¿Y Leonor? ¿y yo?... salid
por el balcon!..
(*Calderon llega por el foro y se detiene.*)
una cuerda
yo echaré desde el jardin...
(*Vase precipitadamente sin ver á Calderon.*)

ESCENA XI.

CALDERON, DON LUIS, LEONOR, MARÍA, OFICIAL de la guardia del Rey.

CALDERON. (*Adelantando lentamente hácia Don Luis.*)
¿Por qué, si se encuentra abierta
la puerta de esta mansion,
salir há por el balcon
aquél que entró por la puerta?

LUIS. ¡Don Pedro!...

CALDERON. No es tan oscura

la noche, que no se vea
la cuerda que al viento ondea
y el brazo que la asegura;
y como vive Leonor
en esta casa conmigo,
comprendereis lo que digo,
pues se trata de su honor!...

LUIS. (*Con violencia.*) ¡Don Pedro!

CALDERON. ¡Qué os maravilla!...
la honra es el ampo de nieve
que nunca tocarse debe,
¡pues al tacto se mancilla!...
Y vos que noble y leal
haceis de la vuestra alarde,
que la de mi casa guarde
no debeis llevar á mal...

LUIS. He venido, Calderon...

CALDERON. No os molesteis; lo adivino,
pero no encuentro camino
digno de vos el balcon...
Saliérais en buena hora,
cual cumple á vos, por la puerta,
que siempre os estuvo abierta,
y no me extrañara ahora...

LUIS. Es que yo...

CALDERON. ¡Basta, hijo mio!...
¡Lo que ha pasado, lo infiero...
si acaso estuve severo,
que me disculpeis confio!
Yo sé, que aunque no le cuadre
á vuestra altivez notoria,

si nos ve desde su gloria,
me haya justo vuestro padre!

LUIS. (*Con irónico enojo.*)
¡Justicia extraña, á fe mia,
que no entiendo, Calderon!

CALDERON. ¡Si no acerté, en su perdon
segura el alma confia!...

LUIS. (*Con vehemencia.*)
¡Por Dios, que abusais del trage
que á vuestra clase compete,
cuando quereis que respete
á su memoria ese ultraje!..
¡Si fuera posible ver
que tal cosa os perdonara,
(*Con violencia.*)
ni hijo suyo me llamara,
ni su hijo quisiera ser!...

CALDERON. Don Luis!...

LUIS. ¡Probad, por quien soy,
pues su perdon os abona,
á ver si á mí me perdona,
que á obrar por mi cuenta voy!...

CALDERON. ¿Que intentais?...

LUIS. Ver á Leonor!...
Eso intento, y la veré!...

CALDERON. (*Cerrando el paso á Don Luis, que intenta dirigirse al aposento de Leonor.*)
Pensad...

LUIS. Nada, por mi fe!
Es un empeño de honor!...
(*Calderon pugna por detenerle; Don Luis,*

separándole con violencia llega hasta la puerta, delante de la cual Calderon queda inmóvil, en actitud decidida y enérgica. Los actores interpretarán el juego escénico de este momento como crean más conveniente.)

CALDERON. ¡Volved en vos!... ¡Yo os lo ruego!...

LUIS. (*Exasperado de ira.*)
¡Paso!...

CALDERON. Ved que estoy yo aquí;
y esa puerta...

LUIS. (*Desnudando rápidamente la espada y acometiendo á Calderon.*)
¡Se abre así!...

CALDERON. (*Extendiendo el brazo para detener el golpe y sin moverse de su sitio.*)
(¡Está el desgraciado, ciego!...
(*Se abren al mismo tiempo las puertas del foro y la derecha: en la primera aparece María seguida del Oficial; en la segunda Leonor: las exclamaciones que siguen, con rapidez y casi simultáneas.*)

LEONOR. ¡Tio!!...

MARIA. ¡Señor!!

LUIS. (*Dejando caer la espada.*)
¡Ah!!...

OFICIAL. (*Haciendo un movimiento para detener á María.*) ¡Despacio!...
(*Adelantando hácia Calderon.*)
Don Pedro, Doña Leonor,
manda el Rey, nuestro señor,
que me sigais á palacio...

(La actitud de los personajes debe ser la siguiente: María cerca de la puerta del foro, mirando con asombro á Don Luis, que está en el centro de la escena con la espada á sus piés: Calderon ante la puerta del aposento de Leonor, y ésta, asustada, en el dintel de la puerta; el Oficial, próximo á Calderon, en actitud respetuosa.)

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cámara del palacio real; puertas laterales y al foro. La puerta de la derecha corresponde á la cámara del Rey, la de la izquierda á la de la Reina; la del foro tiene un tapiz flotante y deja ver una galería.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, OFICIAL.

(María, con manto de calle entra por el foro, rechazando al Oficial que intenta detenerla.)

MARÍA. ¡Eh, callad!... ¿dónde se ha visto
salir sola á una doncella?...
(Bajando al proscenio.)
ni lo consiente el recato,
ni lo admite la decencia...

OFICIAL. *(Siguiéndola.)*
La órden no reza con vos...

MARÍA. La órden conmigo no reza,
porque no iban á decir,
señor Oficial: «que venga
Doña Leonor á palacio,
y la acompañe su dueña
como es debido...» ¿entendeis?...

OFICIAL. Su tio vino con ella...

MARIA. Si se la desprende el manto,
si el trage se desarregla,
si se deshace el peinado,
su tio, podrá valerla?...
¡Por Dios! señor Oficial!...

OFICIAL. ¡Bien! Haced lo que os parezca,
pero no os quedeis aquí.

MARIA. *(Con impaciencia.)*
¡No, que me iré á la escalera!...

OFICIAL. ¡Yo no lo digo por tanto!...
pero en la cámara esa *(Señalando á la derecha.)* está el Rey... puede salir...

MARIA. *(Suavizando su acento como para halagar al Oficial.)* ¡Yo me iré sin que me vea!...
Decid, señor Oficial,
y así Dios vuestra existencia
guarde: ¿sabeis, por ventura,
por lo que el Rey, ó la Reina,
que aún no sé bien quién ha sido,
llama á Leonor?...

OFICIAL. Buena es esa!...
cuando el Rey una órden dá
se cumple sin entenderla!

MARIA. ¿Pero sabreis?...

OFICIAL. *(Bruscamente.)* ¡Nada sé!
ni de saber, lo dijera!
En aquella galería *(Señalando al foro.)*
podeis esperar...

MARIA. (Es fuerza
que yo sepa á qué ha venido!)

Ya os sigo...

Oficial. (Maldita vieja!)
Si el Rey viene...

María. Ya me voy!...
(Qué pesado!...)

Oficial. (Allá se entienda.)
(Vase por el foro.)

ESCENA II.

MARIA.

(Observando con inquietud la puerta de la cámara del Rey.)

Si viniera!... Pero... nó!
Yo me iré sin que me vea!...
(*Bajando al proscenio.*)
Quiero esperar á Leonor,
tengo precision de verla!...
No sé qué pensar, Dios mio,
de lo que sucede... aquella
entrevista misteriosa...
sus lágrimas... la reserva
de Don Pedro, que no quiso
que la hablase ni la viera!...
Ir el Rey... luégo Don Luis;
aquella cólera ciega...
su empeño en ver á Leonor...
su espada desnuda... en tierra!
Venir despues á palacio...

¿Qué será?.. ¿Cómo pudiera
preguntar?... Me vuelvo loca,
y no acierto lo que sea!...
Oh, Dios! qué horrible martirio!...
Amarla así, y no poderla
decir: ¡Yo tengo derecho!...
Oh, no! Que jamás lo sepa!...
¿Quien de la pobre villana,
aunque es como un angel bella,
se ocupára?... ¿Quién podria
entónces su esposa hacerla?...
Algun escudero rudo,
algun soldado... Sufriera
tanto como yo he sufrido
de cuidados y pobreza!....
Oh, no! Pues que Dios lo quiso,
que dichosa y noble sea!
A nadie daño le hace...
la niña murió!... Cual ella,
era Elvira blanca y rubia,
no pudo desconocerla
Don Pedro! Los mismos años,
y una expresion de nobleza
en su rostro, que mil veces
á un noble engañar pudiera!
si mi Juan no hubiera muerto
nunca el cambio consintiera;
pero... murió!... sola y pobre...
no fué por mí!... fué por ella,
por su dicha!... (*Asustada.*) Se oyen pasos!
¿Quién será?... ¿Si podré verla?...

(*Retrocede lentamente hácia el foro y se oculta en el tapiz.*)

ESCENA III.

MARIA, DON LUIS.

(Sale Don Luis por la puerta de la derecha: se sienta en un sitial que colocado junto á una mesa habrá en un lado de la escena, y queda pensativo y disgustado. María al conocerle adelanta lentamente hácia él y se detiene, sin ser sentida, próxima al sitial.)

MARIA. Es Don Luis! Voy á saber...

LUIS. (*Con la frente apoyada en la mano y como meditando.*)
Por más que me vuelvo loco,
ni el fin del enigma toco,
ni sé lo que debo hacer!

MARIA. ¿Qué dice?...

LUIS. No es la conciencia
sola; la misma razon,
el honor y el corazon
rechazan esta violencia...

MARIA. Cual, Dios mio!...

LUIS. El Rey lo quiere,
su palabra está empeñada,
y no atiende ni oye nada...
mas mi dignidad se hiere
esta boda al aceptar.

MARIA. ¿Qué boda?

LUIS. Pues sin amor,

¡cómo admitir á Leonor
por esposa ante el altar!...

MARIA. *(Hace un movimiento de vivísima sorpresa, da un paso hácia Don Luis y se detiene muy agitada.)*
Sin amor! Conque mentia!...
y el Rey... De acuerdo los dos!...
No será!... *(Adelantando resueltamente hácia D. Luis.)* Que os guarde Dios!...

LUIS. *(Levantándose sorprendido.)*
¿Cuándo has venido, María?

MARIA. Con Leonor llegué hace poco
y os buscaba á vos...

LUIS. ¿A mí?...
¿en su nombre?... ¡acaba!

MARIA. Sí!
en su nombre!... (Me sofoco!)

LUIS. Habla... al fin voy á saber...

MARIA. (Puesto que amor la mentia,
bien puedo...)

LUIS. *(Impaciente.)* Sigue, María...

MARIA. (Tan vil engaño romper!)

LUIS. *(Asiendo su mano con violencia.)*
¿No ves que estoy impaciente?
que espero...

MARIA. *(Vacilando: va á hablar y se detiene.)*
(Le haré sufrir!...
mas no debo consentir
que la engañen.) Leonor siente...
(Deteniéndose indecisa.)

LUIS. Sigue!...

MARIA. (Qué decir no sé!...)
(Con resolucion repentina.)
En fin, Leonor os devuelve
vuestra palabra...

LUIS. (*Con amarga ironía.*) Resuelve
de ese modo...

MARIA. Y vuestra fé.

LUIS. *(Con sarcástica risa.)*
Sigue... dime que un convento...

MARIA. *(Sorprendida.)*
Un convento mi Leonor!...
Os equivocais, señor!
No tiene tal pensamiento!

LUIS. (*Con violenta ira.*)
Que no!... ¿Se puede creer
que á mí, que al Rey mentiria?

MARIA. (*Con asombro y marcada intencion.*)
El Rey!... No consentiria!...

LUIS. *(Aproximándose vivamente á María, que asustada retrocede hácia el foro.)*
Oh! ¿Qué dice esta mujer?
(*El Rey aparece seguido de Leonor en la puerta de su cámara: María hace una señal á Don Luis indicando silencio y desaparece. Don Luis queda inmóvil en el dintel.*)

ESCENA IV.

LEONOR, EL REY, DON LUIS.

REY. (*Como siguiendo una conversacion.*)
No, Leonor: es imposible

que á tu peticion acceda.
No insistas más... cuando el Rey
la augusta palabra empeña,
ni cabe retroceder,
ni dudar cabe siquiera.

LEONOR. Señor!...

REY. Calderon olvida
que se me debe obediencia,
que soy el Rey... que soy dueño
de vuestras vidas y haciendas.

LEONOR. (*Muy agitada.*)
Os juro que no es mi tio;
soy yo, señor, quien se niega.

LUIS. (Por Dios! Me alegro saberlo!)

REY. Pues, bien... tu desobediencia,
Leonor, merece un castigo!...

LUIS. (Y lo tendrá!)

REY. (*Sonriendo y tomando su mano con galantería.*) Como pena,
te casarás...

LEONOR. (Oh Dios mio!)

REY. (*Con entusiasmo.*)
No debe ocultar la celda
ojos que rayos despiden
entre pestañas de seda,
labios que á la rosa ganan
en colores y en esencia,
y almas que como la tuya,
en vivo fuego se templan.

LUIS. (*Con irónico despecho.*)
(Por mi vida! Aunque de prisa,

la semblanza está bien hecha!
¡se trata de un gran maestro!)

REY. Como dama de la Reina
te quedarás en palacio.

LUIS. (Falta, señor, que yo quiera!)

LEONOR. (Dios mio! No puedo más!)

REY. Aquí traerá tu presencia
el perfume de tus gracias
y la luz de tu belleza.

LUIS. (Hay luces que nos abrasan
y perfumes que envenenan.)

REY. Adios, Leonor; Calderon
pidió para tí una audiencia
á mi esposa: aquí vendrá;
sin temor alguno espera.
(*Leonor se inclina ante el Rey, que entra en su cámara.*)

ESCENA V.

LEONOR Y DON LUIS.

LUIS. (*Bajando lentamente al proscenio.*)
Llora!... Y llora de pensar
que mi esposa puede ser!
comprendo que á una mujer
un hombre llegue á matar!...
(*Con vehemencia.*)
A Dios la hubiese cedido
acaso... Al Rey, no la cedo!
Ni á su poder tengo miedo,

ni un Haro nunca ha temido!
Sabe el Rey, yo se lo he dicho,
que la he amado con pasion...
¿Por qué ante mi corazon
interpone su capricho?
¿Qué razon, ni qué derecho...
Mas ah!... no es la vez primera,
sólo que entónces, no era
del ídolo altar mi pecho.
Empeño, ilusion de un dia,
mi honor no se interesaba;
y si el Rey me lo indicaba,
sin esfuerzo me vencía.
Pero hoy, que media mi honor,
que mi corazon se opone,
aunque el Rey no me perdone
sabré guardar á Leonor!
Mas no es el Rey el culpable;
galan y gentil, provoca
esa culpa, mas no toca
al abismo despreciable
del alma de esa mujer,
que con tan vil intencion
me engañó por ambicion!
A mí, que quise poner
la luz del cielo en su frente!...
Y su engaño ménos siento
que esa farsa de convento
que el Rey creyó ciegamente!
Está bien!... Me casaré
y sabré guardar mi honor,

que hoy aborrezco á Leonor
tanto, tanto cual la amé!
(*Con energía.*)
No más cobarde indulgencia,
no más dudas ni temores;
basta ya, que estos amores
no caben en la conciencia!...
Vívora que el alma muerde
y que el alma me envenena
este amor, que mi alma llena,
mi alma á su contacto pierde...
(*Adelantando con resolucion.*)
Leonor, escucha un momento!

LEONOR. Ah!... (*Levantándose asustada.*)

LUIS. (*Con ironía.*) ¿Tienes miedo?

LEONOR. (*Dominando su turbacion.*) No tal...

LUIS. La mirada, en su cristal
copia siempre el pensamiento...
la tuya dice: temor...

LEONOR. (*Agitada.*) Yo espero... si viene alguno...

LUIS. No creerá que te importuno,
sino que te hablo de amor.
Y nada más natural...
al brillar el nuevo dia
ante Dios vas á ser mia.
En la capilla real
se efectuará el casamiento.

LEONOR. (Dios mio!) No puede ser...

LUIS. ¿Qué no?... Lo vamos á ver!
Yo dudaba hace un momento;
mas despues, vine á pensar

que, aunque tuerza tu deseo,
como va al cadalso el reo
debo llevarte al altar!...

LEONOR. (Dios mio!)

LUIS. ¡Y si ántes, Leonor,
me engañaste fementida,
ahora responde tu vida
de mi honor y de tu honor!
Sé lo que ocultarme quieres,
sé bien de lo que se trata;
y aunque eres la más ingrata,
la más vil de las mujeres...

LEONOR. (*Con indignacion dolorosa.*)
Don Luis!

LUIS. Al llamarte mia,
olvida ser ambiciosa,
que al ser sin amor mi esposa,
te obligas más...

LEONOR. (Qué agonía!...)
Oh, Don Luis!... Por compasion!...

LUIS. (*Con violencia.*)
Compasion!... ¿De quién?... De tí!...
¿La tuviste tú de mí?...
¿Qué hiciste del corazon
que entre tus manos dejé,
cual cielo á que el mal no alcanza?...
¿qué has hecho de mi esperanza
y qué has hecho de mi fe?...
¡Si algo bueno quedó en mí,
si alma y corazon tenia,
pues esperaba y creia,

los he perdido por tí!
(Con gran exaltacion.)
¡Que al ver cuán vano, cuán necio
fué mi entusiasmo profundo,
sólo tengo para el mundo
odio, venganza y desprecio!...

LEONOR. *(Extendiendo hácia él las manos, como enloquecida de espanto.)*
Perdon!...

LUIS. *(Rechazándola bruscamente.)*
Perdonarte yo!...
Perdonarte!... Ya es muy tarde!...
¡sólo perdona el cobarde,
quien odia y se venga, no!...
(Diríjese hácia el foro: Leonor desesperada lo sigue, intentando detenerle; él la rechaza bruscamente y vase.)

ESCENA VI.

LEONOR.

(Llamándole.)
Don Luis!... Ah!... Yo le diré...
(Reponiéndose y bajando al proscenio.)
Mas, ¡cómo decir, Dios mio,
la verdad!... ¡Me salvaré,
pero perdiendo á mi tio!...
¡En vano explicarme intento
por qué, si me quiere tanto,
ha de llevarme á un convento

sin cuidarse de mi llanto...!
¡Si tal era mi destino,
por qué me dejó vivir
á su lado, no adivino
hasta que supe sentir!
¿qué razon lo justifica?
¿qué poder le dá derecho?
¿Por qué al ménos, no me explica
como debe, lo que ha hecho?
Mas ¡qué digo!... Loca estoy!
sin explicacion alguna, (*Con emocion.*)
él me dió amparo, hasta hoy,
desde que me halló en la cuna.
Por él vivo!... ¡Nada importa
este dolor del infierno!
La vida es corta... ¡muy corta!...
sólo el deber es eterno!
La vida!... y acaso es mia!
¡De qué le sirven al ave
alas, plumas y alegría,
si presa, volar no sabe!...
Avecilla abandonada,
viví en su hogar hasta hoy:
¡mi deuda queda pagada;
me dió vida, y se la doy!
Que yo sola he de arrostrar
del Rey el vivo disgusto;
de Luis... (*Con energía.*) ¿le voy á culpar
si al matarme fuera justo?
Ni Luis perdonarme quiere,
ni que me perdone quiero,

así me ama, aunque me hiere!...
así le amo, aunque me muero!...
(*Llorando y como dirigiéndose á una sombra invisible.*)
¡Padres! ¡Padres de mi alma!
puesto que estais en la gloria,
dadle á mi pecho la calma
y el olvido á mi memoria!
¡Pedid que venza este amor
más grande que el alma mia;
que me mate mi dolor,
pero sin esta agonía!
¡Pedid á Dios para mí
valor, esperanza y fe...
¡Si yo no me salvo así,
al ménos, le salvaré!
(*Se deja caer en el sitial fatigada y abatida.*)

ESCENA VII.

LEONOR, CALDERON.

(Calderon sale por la puerta de la izquierda, se detiene mirando con tristeza á Leonor y adelanta hácia ella.)

CALDERON. Leonor!...
LEONOR. (*Levantándose asustada.*)
Ah!...
CALDERON. Ven hija mia!
Te está esperando la Reina!
¿Pero qué tienes? Parece

que estás agitada... ¿tiemblas?
(*Leonor hace un signo negativo, como si la emocion le impidiese hablar.*)
De nuestros reyes el trono
jamás has visto de cerca,
y es natural te impresione
la augusta magnificencia.
¿Hablaste al Rey?

LEONOR. Sí, senor:
á mis súplicas se niega...
insiste...

CALDERON. Pobre hija mia!...
Valor! ¡Dios manda las pruebas
segun el temple del alma!
la tuya, tan pura y buena,
sabrá vencer en la lucha;
y como premio te espera
su bendicion, y la mia...
Oyeme bien...

LEONOR. (¡Si supiera
que lucho á muerte!... Que amo
á Don Luis!)...

CALDERON. Mi conciencia
va dictando mis palabras...
prométeme obedecerlas!

LEONOR. Ah, señor!...

CALDERON. Si por acaso
de tí alejarme quisieran,
jamás, óyelo, hija mia,
en esa boda consientas!
Yo te lo pido, y tu padre

desde el cielo te lo ordena!
¿Me lo prometes, Leonor?

LEONOR. (*Muy conmovida.*)
Lo juro!

CALDERON. Benditas seas!
(*Tomando su mano con ternura.*)
Ven; te agradará, sin duda,
el conocer á la Reina,
que los tiernos corazones
de las mujeres, se encuentran
como se encuentran las aves
que en el mismo espacio vuelan.

LEONOR. Vamos, pues, cuando gusteis...

CALDERON. Aquí una dama te espera,
es mi amiga, y en mi nombre
te presentará á la Reina.
(*Entra con Leonor por la puerta de la izquierda, y vuelve á la escena.*)

ESCENA VIII.

CALDERON.

Pobre niña!... Las huellas de su llanto,
para no hacer mayor la pena mia,
quiere ocultarme! ¡Tan celeste encanto
hay en su dulce abnegacion, que calma
la angustia que este dia
con su garra fatal hiere mi alma!...
Imposible!... mil veces imposible!

Por voluntad de Dios, que yo respeto,
debo llevar conmigo el fardo horrible,
el peso agobiador de este secreto!...
el Rey sabrá cuanto el honor callaba,
mas no lo que el deber decir me veda!
Lo que es humano, ante el poder acaba!
Lo que es divino, como eterno queda!
Por Dios! que el egoismo, ese pigmeo
que envuelve con sutiles ligaduras
al gigante [illegible]azon, al Rey inspira
y al neg[illegible]i justísimo deseo
los santos fueros del deber no mira!
¡Mas... yo pido justicia y no clemencia,
y justicia tendré! ¡Que un soberano,
aunque de grande al universo asombre,
no puede con el hueco de su mano
aprisionar el corazon de un hombre!

ESCENA IX.

CALDERON, EL REY.

REY. (*En el dintel de la puerta de la derecha.*)
¿Me esperábais, Calderon?...
CALDERON. Señor, cumpliendo el mandato...
REY. (*Adelantando al proscenio.*)
Está bien! De saber trato
vuestra última decision:
sentaos...
CALDERON. Señor, ¡qué escucho!...

REY. ¡Teneros de pié es ultraje
á vuestra edad, y á ese traje
que sabeis que tengo en mucho!
(*El Rey ocupa el sitial, y Calderon toma asiento á su lado en un sillon.*)
¿Cedísteis en vuestro empeño?...

CALDERON. (*Con acento y actitud respetuosa.*)
Empeños no puede haber
con quien sólo con querer
es de nuestra vida dueño.
Yo á vuestro poder humillo
cuanto hay mortal en mi esencia,
mas no humillo mi conciencia:
perdonad... esto es sencillo.
Del bien infinito en pos
juré obediencia á unas leyes
que no emanan de los reyes,
sino que emanan de Dios!...
Por ellas... ¡mas quizá brote
atrevido el pensamiento!
¡No habla el hombre en este acento,
señor, habla el sacerdote!

REY. Seguid! con respeto escucho
al sacerdote y al hombre...
que yo tambien ¡por mi nombre!
¡tengo la conciencia en mucho!

CALDERON. ¡Jamás lo dudé, señor!
Decir á mi lengua cabe
lo que como hermosa llave
guardó en mi pecho el honor.

REY. Yo vuestras dudas respeto,

y os afirmo, por quien soy,
que de lo que á escuchar voy
sabré guardar el secreto.

CALDERON. Tambien lo espero, señor.
(Vacilando muy conmovido.)
Aunque todos lo han creido,
porque así me ha convenido,
no es mi sobrina Leonor...

REY. *(Sorprendido.)*
No me atrevo á suponer...

CALDERON. Nada, señor, supongais,
¡que ahora mismo á saber vais
cuanto se puede saber!
(Con tristeza.)
Hará doce años, que un dia
fuí llamado con urgencia
para calmar la conciencia
de un hombre que se moria.
Aún el recuerdo me inquieta...
La sombra el lecho bañaba...
la muerte se perfilaba
con su maldita silueta
sobre aquella noble frente,
trono del orgullo ántes,
y en tan solemnes instantes
humillada humildemente...
(Hace un movimiento como para vencer su emocion y se repone.)
Deciros, señor, no intento
lo que pasó entre los dos,
pues que pertenece á Dios

aquel terrible momento...
con esfuerzos sobrehumanos,
aquel hombre me encargó
una mision... ¡y espiró,
dejando un pliego en mis manos!...

REY. A comprender bien no llego...

CALDERON. Vais á comprender, señor:
hallé el nombre de Leonor
encerrado en aquel pliego...

REY. ¡Ah!...

CALDERON. De Leonor, que inocente
del bien y del mal se hallaba,
y ya la infeliz llevaba
maldito estigma en la frente...
Que el fruto de una pasion
por la que el deber se olvida,
debe heredar, con la vida,
la eterna reprobacion.

REY. Leonor... fué...

CALDERON. ¡Leonor, sin padre
quedaba á los cinco años
bajo cuidados extraños,
pues no conoció á su madre!
El pliego que recibí,
á la niña reclamaba;
su padre me la entregaba,
fué mi amigo, y consentí...
La busqué y al encontrarla
tan bella, tan inocente,
quise borrar de su frente
cuanto pudiera mancharla.

No haciéndole á nadie daño,
por si su dicha concilia,
quise darle una familia
y el apellido Riaño
que, como sabeis, es mio;
y para evitar rumores
de viles murmuradores,
afirmé que era su tio.

Rey. ¿Nadie del hecho dudó?...

Calderon. Cuando ella perdió á su padre,
un pariente de mi madre
luchando en Flandes murió;
y al trasladarla á mi hogar,
como la amparó mi honor,
de la huérfana Leonor
no se llegó á sospechar...
Hoy con disgusto profundo,
aunque tarde, he comprendido,
que con un falso apellido
no se satisface al mundo!
Que no es la vida el presente;
pues por una ley fatal,
si es impuro el manantial,
es impura la corriente...
y al reconocer mi error,
cuyas consecuencias siento,
he pensado en el convento
para salvar á Leonor!...

Rey. ¿Sabe ella?...

Calderon. Todo lo ignora.

Rey. ¿Lo sabe alguien?...

CALDERON. La mujer
que lo pudiera saber,
y que su dueña es ahora,
sabe quién se la entregó,
mas no quién fuera su padre...
sabe que murió su madre
é ignora cuándo murió...

REY. Entónces nada hay perdido:
yo vuestra delicadeza
salvo... le daré nobleza,
confirmaré su apellido...

CALDERON. ¡Ah, señor!... en mi alma siento
no aceptar tanta bondad!
¡Ruego á vuestra majestad
la permita ir al convento!

REY. Otra vez! Dejad que note
que á vuestro afecto desdice
ese empeño y que yo hice...

CALDERON. (*Levantándose con solemnidad.*)
Señor: como sacerdote,
no ya como hombre de honor,
os juro, aunque me es sensible,
que acceder me es imposible
á que se case Leonor.

REY. Pues bien... Decid el motivo.

CALDERON. Ah! ¡si decirlo pudiera,
en ello el Rey no insistiera!...
mas no puedo!... Guardo vivo
del deber el sentimiento...
(*Con acento solemne.*)
Señor: ¡en nombre de Dios,

y por el bien de los dos,
que Leonor vaya al convento!

REY. Me preocupa esa insistencia,
pero media mi palabra.

CALDERON. Nunca una promesa labra
lazos para la conciencia.
En el molde del deber,
jamás el empeño cabe.

REY. (*Pensativo.*)
Adivino algo muy grave...

CALDERON. Más grave no puede ser!

REY. Pues bien; que venga Leonor
si se niega y Don Luis cede,
libre es por mi parte, y puede
ser monja...

CALDERON. (*Con efusion.*) Gracias, señor!

ESCENA X.

EL REY, DON LUIS.

(El Rey ocupa el sitial muy preocupado: Don Luis llega por el foro y se le aproxima lentamente.)

LUIS. Señor!

REY. Ah! ¿Eres tú?... Ven!....
Te iba á llamar...

LUIS. Yo venia
á buscaros...

REY. ¡Qué sombría
tienes hoy la faz tambien!

LUIS. (*Con risa forzada.*)
Es la sombra de la boda
que en ella, señor refleja...

REY. (*Con seriedad.*)
El tono irónico deja,
que al caso no se acomoda,
y hablemos de algo formal:
Leonor va á venir...

LUIS. Que venga...

REY. Aunque mi palabra tenga
empeñada, lo esencial
para hacer el casamiento
es la suya, ¡vive Dios!...
¡pues han de querer los dos,
ó no tiene valimento!
¿Cuentas con ella?

LUIS. No tal.

REY. Pues si se niega Leonor,
cede, y olvida ese amor;
¡yo te lo ruego!

LUIS. Es igual
que se niegue... se la obliga...
tengo promesa del Rey...

REY. El Rey no puede hacer ley
de lo que sobre otro diga:
si existe un motivo grave,
el Rey se lava las manos...

LUIS. (Como todos los tiranos,
retirarse á tiempo sabe.)
Insisto en ello, señor,
pues el motivo no entiendo...

REY. No es poco, á lo que comprendo,
el que no te dé su amor!

LUIS. *(Con altivez.)*
¡Amor demanda el amante
y honor exige el marido;
honra llevo y honra pido,
con eso tengo bastante!

REY. ¿No la amas ya?...

LUIS. (¡Qué ironía!...)
(Con indiferencia.)
Astro es el amor que deja
su luz en quien la refleja,
que á su vez fulgor le envia.
Si en uno la luz se apaga,
en otro el reflejo muere...
¡Nadie por sí solo quiere,
que amor, con amor se paga!...

REY. Si no amas, ¿á qué insistir?
Yo libre dejo á Leonor.

LUIS. Es que mediando mi honor
tengo derecho á exigir ..
Me dísteis vuestra palabra...

REY. La tienes... mas no la suya.

LUIS. (¡Te arrepientes de la tuya
porque un obstáculo labra!...)

REY. Piénsalo bien...

LUIS. Lo he pensado
(Más de lo que tú supones.)

REY. Leonor viene... si te opones
tú verás...

LUIS. ¡Queda acordado!...

ESCENA XI.

LOS MISMOS, CALDERON, LEONOR, MARÍA.

(Calderon, conduciendo á Leonor de la mano, llega por la izquierda; María aparece en la puerta del foro; al ver al Rey retrocede y queda oculta entre el tapíz.)

MARIA. (*Sin haber visto á los que hay en la escena.*)
¿Dónde encontraré á Leonor?...
¡El Rey!... si me vé, ¡Dios mio!

CALDERON. (*Bajo á Leonor.*)
¡No tiembles, pobre ángel mio!

LUIS. (*Mirando á Leonor con ira.*)
¡Y está serena!

LEONOR. (*Aproximándose al Rey.*) Señor!...

REY. Hemos llegado al momento
en que es fuerza decidir,
si estás dispuesta á cumplir
mi voluntad...

LEONOR. (*Agitada.*) Mucho siento
señor, oponerme á ella;
pero...

REY. Acaba...

LEONOR. Mi destino
me señala otro camino...

LUIS. (¡Puede ser!)

REY. (*Sonriendo.*) ¡Eres tan bella
para ser monja!...

MARĬA. (¡Qué escucho!...
¡Si estará loca!)

REY. Leonor,
tú sabes bien que al amor
hay que perdonarle mucho;
perdona, pues, la insistencia
de Don Luis; mas como tiene
mi palabra, y no se aviene
á ceder, de tu obediencia
espero yo...

LUIS. (*Trémulo de ira.*) Perdonad:
yo no amo ya á esa mujer,
pero mi esposa ha de ser:
ruego á vuestra majestad
que ordene...

LEONOR. (¡Que no me quiere!...
¡Eso ha dicho!... ¡Desgraciada!...)
(*Conteniendo el llanto y con energía.*)
¡Nunca! á Dios fuí destinada...
(*Leonor, al decir estas palabras, retrocede instintivamente hácia Calderon: Don Luis la sigue ciego de ira.*)

LUIS. ¡Pues mia ó de nadie!... ¡Muere!...
(*Al decir esta última palabra, saca un puñal y se lo clava rápidamente en el pecho: Leonor cae: la accion es tan rápida que nadie puede contenerla.*)

LEONOR. ¡Ah!...

CALDERON. (*Corriendo á sostenerla.*)
¡Dios mio!...

REY. (*Adelantando sorprendido é imponente hácia Don Luis, que retrocede como un ébrio.*)
¡Don Luis!...

MARIA. (*Corriendo con un grito horrible hácia Leonor, y arrodillándose como una loca ante ella.*)
¡Muerta!..
¡Muerta mi hija!... ¡Mi Leonor!...
¡Sangre!... ¡Su sangre!... ¡Qué horror!...

CALDERON. ¿Tu hija has dicho?...

MARIA. (*Sin escucharlo.*) ¡Si está yerta!...
(*Alzándose desesperada y con voz solemne, dirigiéndose al Rey.*)
Mi hija es!... ¡Ante Dios declaro
que de cinco años murió
la niña que me entregó
el señor Don Diego de Haro!...

LUIS. ¡Mi padre!... ¡Mi hermana fuera!...

REY. ¡Leonor!... ¡Lo comprendo todo!

CALDERON. ¡Qué horrible abismo de lodo!...

MARIA. Si hija de Don Diego era
Leonor, su hermana seria...
¡Yo no lo sé!... ¡mas Leonor
murió!... Mi Elvira, señor...
es ésta, ¡que es la hija mia!...
(*Leonor, á quien Calderon sostiene desmayada en sus brazos, hace un movimiento.*)

CALDERON. ¡Pobre mártir! ¡Vuelve en sí!...
(*Mirando suplicante al Rey.*)
¡Que muera sin saber nada!..
¡Que calle esa desgraciada
ó que se vaya de aquí!...
(*El Rey hace un enérgico ademan á María, que retrocede y queda inmóvil, cubriéndose el rostro con las manos.*)

LEONOR. *(Incorporándose penosamente y buscando al Rey con la mirada.)*
¡Señor!...
(El Rey se aproxima vivamente á Leonor. Don Luis va adelantando hácia ella y cae á sus piés de rodillas.)
(Con voz muy débil:)
Os... pido... un... favor...
(Señalando á Don Luis con la mirada.)
¡Perdonadle!...

REY. ¡Lo perdono!

LEONOR. *(A Calderon, con voz cada vez más débil.)*
Y... vos... ¿le guardais... encono?...

CALDERON. *(Con voz entrecortada por la emocion.)*
¡Tambien lo absuelvo, Leonor!

LUIS. *(Sollozando y buscando la mano de Leonor con desesperacion.)*
¿Y tú?...

LEONOR. *(Con infinita ternura.)*
Yo... te amo... ¡y te bendigo!...
(Toma una mano de Calderon y otra de Don Luis; los mira alternativamente, y agonizando dice el siguiente verso:)
¡Los dos!... ¡Qué bien se está así!...
(Apoya la cabeza en el pecho de Don Luis y muere.)

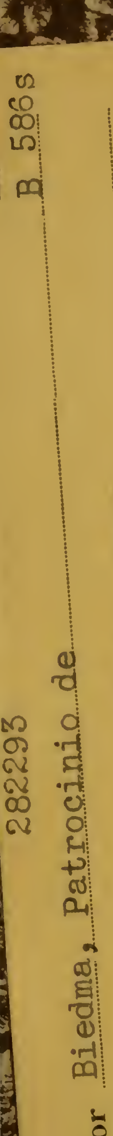
MARIA. *(Aterrada, mirando á Leonor como una loca.)*
¡Ni un recuerdo para mí!...

CALDERON. *(Con terrible energía y señalando el cuerpo yerto de Leonor.)*
¡ESE ES TU MAYOR CASTIGO!...

(Los personajes deben quedar en la posicion siguiente: Leonor tendida en el suelo, en primer término, á la derecha: Don Luis de rodillas á su lado; el Rey mirando con severidad este grupo, apoyándose en el respaldo del sitial; María en segundo término á la izquierda; Calderon en el centro de la escena, señalando enérgicamente á Leonor. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.




B 586s
282293
Author Biedma, Patrocinio de
Title El secreto de un crimen. Ed. 2.
NAME OF BORROWER.
DATE.

